

La necesaria repatriación y restitución de las colecciones arqueológicas venezolanas para la construcción de la Red de Museos de Historia de Venezuela.*

MENESES PACHECO, LINO

Museo Arqueológico-Universidad de Los Andes, Venezuela

e-mail: lmeneses@ula.ve

GORDONES ROJAS, GLADYS

Museo Arqueológico-Universidad de Los Andes, Venezuela

e-mail: gordones@ula.ve

RESUMEN

El propósito de este trabajo es poner en evidencia la situación actual por la que atraviesan las colecciones arqueológicas que se han estructurado a partir de las investigaciones arqueológicas de campo que se han realizado en los territorios que hoy forman parte de la República Bolivariana de Venezuela y proponer una estrategia de recuperación de las mismas. Como punto de partida presentamos de manera sintética una breve historia de los estudios arqueológicos en Venezuela desde finales del siglo XIX hasta los años noventa del siglo XX, una revisión del estado de las colecciones arqueológicas, su destino y el uso que tienen en la actualidad, para luego desarrollar una propuesta de repatriación, restitución y uso social en el contexto de la creación de una red de Museos de Historia que permitan a los venezolanos y las venezolanas conocer los procesos históricos, culturales y sociales que le dieron origen a la República.

Palabras Clave: Arqueología, colecciones arqueológicas, repatriación-restitución, museos, Venezuela

The need for the repatriation and restoration of archeological collections pertaining to Venezuela in order to establish a History of Venezuela Museum Network.

ABSTRACT

The intention of this paper is to review the archeological collections that have accumulated as a result of research in Venezuela and to propose a plan for their consolidation. Included is a brief synthesis of the history of archaeology from the 19th Century to the 1980's with an indication of the condition and disposition of items that can be collected, repatriated and restored. A National Museum of History to include a network of regional and community museums is proposed so that people may observe the process of cultural development.

Key words: Archeological collections, repatriation, restoration, history museums, Venezuela.

* Recibido: 12- 07- 2006. Aceptado: 23- 01- 2007.

1. Las tres últimas décadas del siglo XIX y primeros treinta años del siglo XX. La arqueología hecha en Venezuela

Las últimas tres décadas del siglo XIX y los primeros treinta años del siglo XX constituyen un período histórico muy importante para la comprensión de la situación actual de los estudios arqueológicos en Venezuela. Eran tiempos donde se discutía la necesidad de empezar a transitar los caminos de la modernidad y dejar atrás el país atrasado y dividido por las guerras encabezadas por los caudillos regionales. Para tales efectos se promovía abiertamente la adopción de los valores culturales de Europa (sobre todo de Francia) y aunque se empezó a estudiar con mucha velocidad las antigüedades de Indias y su relación con los pueblos originarios, alcanzar la modernidad supuso ideológicamente darle continuidad, al europeo como héroe civilizador e imponer el orden para alcanzar el progreso.

Los planteamientos comteanos y spencereanos que promovían las leyes del evolucionismo, la organización de la sociedad basada en el orden para alcanzar el progreso y los postulados del determinismo geográfico, contribuyeron al fortalecimiento y maduración de un intelectual interesado en nuestra sociedad en sus aspectos históricos y culturales. Indudablemente este interés, a nuestra manera de entender las cosas, tenía que ver, desde el punto de vista político, con la necesidad de crear la atmósfera y las condiciones necesarias para la justificación histórica del Estado venezolano que era una de las metas de la oligarquía de Venezuela, y con la necesidad de demostrar que con el “orden” impuesto por dicha oligarquía era posible alcanzar un estado de “progreso común” (Meneses, 1992).

Si revisamos las publicaciones arqueológicas y antropológicas producidas a finales del siglo XIX y comienzos del siglo XX en Venezuela, nos daremos cuenta que la labor intelectual de este período de la historia venezolana justificó y apoyó las políticas modernistas que se desarrollaron a partir de las últi-

mas décadas del siglo XIX bajo el gobierno de Antonio Guzmán Blanco hasta la presidencia ejercida por Juan Vicente Gómez en los primeros treinta años del siglo XX, época que se consolida el Estado-Nación en Venezuela.

En este período que estamos tratando, producto del contexto sociopolítico que vivía el país, un grupo considerable de intelectuales, entre los que se encontraban Ignacio Lares, Tulio Febres Cordero, Mario Briceño Iragorri, Julio César Salas, Pedro Manuel Arcaya, entre otros, que por cierto no realizaron investigaciones arqueológicas de campo, produjeron una literatura muy importante en nuestros días donde se discutía los orígenes étnicos de los pueblos originarios que poblaron los territorios que hoy forman parte de Venezuela (Meneses, 1997) .

Inicialmente Rafael Villavicencio y Adolfo Ernst, apoyando el proyecto modernizador liderado por el presidente Guzmán Blanco, empezaron desde la Universidad de Caracas un debate que impulsaba las ideas modernas-liberales, sustentadas en las teorías evolucionistas-positivistas que emergían en Europa en el contexto de la propagación mundial del capitalismo/moderno eurocentrado (Quijano, 1993) contra las ideas conservadoras imperantes en la sociedad venezolana de ese entonces.

El impulso dado a la ciencia en Venezuela a finales del siglo XIX, como actividad asociada a la modernización, tuvo que ver con el interés de Rafael Villavicencio, Adolfo Ernst y Vicente Marcano por crear el entorno político-institucional para la investigación. Para tales fines fundaron grupos de trabajo como la Sociedad de Ciencias Físicas y Naturales de Caracas, el Instituto de Ciencias Sociales e instituciones como el Museo Nacional con sede en Caracas.

El pasado, el presente y la totalidad de los procesos sociales e históricos se convirtieron en motivos de reflexión por parte de Rafael Villavicencio. Como eje transversal el pasado, el presente y el futuro se constituyeron en los pilares fundamentales del

sistema filosófico-doctrinal de la ciencia positiva postulada por Augusto Comte en Europa a mediados del siglo XIX, que buscaba explicar la totalidad del proceso evolutivo social (Díaz-Polanco, 1989). Tales razonamientos impactaron al pequeño mundo intelectual venezolano de ese entonces, a tal punto que se constituyeron en el andamiaje teórico-ideológico que estimuló y sustentó las investigaciones arqueológicas y etnológicas en la Venezuela de finales del siglo XIX y comienzos del siglo XX.

Aunque Adolfo Ernst no practicó ninguna excavación arqueológica, de acuerdo a lo que hemos observado en sus publicaciones, sabemos que sus investigaciones de campo quedaron restringidas exclusivamente a las descripciones que realizó hacia 1871 de los concheros de caracoles marinos –*Strombus gigas* y *Turbo pica*– existentes en Los Roques y a la visita de algunos petroglifos ubicados en la Colonia Tovar y Turmerito en la región central de Venezuela (Ernst, 1987a; 1987b y 1987c).

Ernst manifestó interés por lo que el llamó hacia 1873 “utensilios de indios” que consistían en piezas cerámicas e instrumentos líticos y de conchas como son las placas aladas fabricadas en serpentina, diorita y *Strombus gigas*. No muy distanciado del valor que se le asignaba a los restos cerámicos en los estudios arqueológicos contemporáneos, Ernst pensaba en el siglo XIX, influenciado por la naciente escuela difusionista alemana, que:

...la cerámica y los objetos de tierra cocida son, en general, de una gran importancia para la solución de las interrogantes etnográficas y ciertamente más adecuadas a este fin que los objetos de piedra. En estos últimos, el hombre depende más de la materia bruta que le ofrece la naturaleza y que es, al mismo tiempo, más difícil de tratar, mientras que las arcillas plásticas que se encuentran en casi todas partes, se prestan fácilmente a la plasmación tradicional de todo lo que se tenía costumbre de hacer en los países de origen de las tribus dispersas algunas veces en regiones muy alejadas de su punto de partida (Ernst, 1987d: 495).

Indudablemente que el contacto que Adolfo Ernst sostenía con Rudolf Virchow lo tuvo que mantener actualizado sobre las discusiones que se desarrollaban en Alemania entre Friedrich Ratzel (1884-1901) y Adolf Bastian (1826-1905) en relación al concepto de unidad psíquica del hombre que proponía este último. Ratzel aseguraba que antes de explicar las semejanzas culturales como invenciones independientes, era fundamental probar que no eran producto de migraciones o de contacto interculturales de los pueblos. Para Ratzel era importante excluir cualquier posibilidad de contacto para poder sostener que la misma tipología de artefacto se había inventado más de una vez (Trigger, 1992). En este contexto de discusión teórica, Ernst argumentaba la relación de la cerámica de Mérida con la de Costa Rica, llegando a la siguiente conclusión:

...la cerámica de la cordillera de Mérida sería más antigua que la Chiriquí y la de Costa Rica; o por lo menos habría permanecido estacionaria, mientras que en América Central, a consecuencia del contacto inevitable con pueblos más avanzados, esta industria habría hecho grandes progresos, como lo testimonian los hallazgos valiosos que han enriquecido los museo de Washington y de San José de Costa Rica (Ernst, 1987n: 503).

En relación a los petroglifos, una esfera de la investigación arqueológica muy publicitada y divulgada desde la época de Alejandro de Humboldt, Ernst escribía hacia el año de 1885 que el:

...precipitado punto de vista, según el cual estos petroglifos no serían nada más que juegos de los indios,... Sería cómodo dejar de lado como un “juego” aquello que no se puede explicar; pero de este modo no progresamos... Quizás es posible que poco a poco se alcance un resultado..., ya que no es improbable que los petroglifos y otras representaciones gráficas estén en cierta relación con el ricamente desarrollado lenguaje de signos de los indios (Ernst, 1987f: 105).

Esta opinión de Adolfo Ernst es apoyada por Gaspar Marcano hacia el comienzo de los años noventa del siglo XIX cuando planteaba que las pictografías americanas no podían ser consideradas como objetos de curiosidad, y que su importancia era demasiado grande para que la investigación no se hubiere realizado de manera rigurosa (Marcano, 1971).

A diferencia de Adolfo Ernst, Gaspar Marcano si basó sus interpretaciones antropológicas con base en las evidencias provenientes de las investigaciones arqueológicas de campo que fueron realizadas bajo la coordinación de su hermano Vicente Marcano en el marco del proyecto de exploración antropológica de Venezuela, auspiciado por el gobierno de Guzmán Blanco en el año de 1887 y continuado en 1889 en el gobierno del presidente Juan Pablo Rojas Paúl (Marcano V., 1971).

A partir del año 1887, Vicente Marcano realizó, acompañado por Alfredo Jahn y Carlos A. Villanueva, diversas prospecciones arqueológicas en el Valle de Caracas, la cuenca del Lago de Valencia, la región del Alto Orinoco, la Cordillera Andina de Mérida y Coro, obteniendo como resultado el hallazgo de diversos contextos arqueológicos asociados con petroglifos, entierros secundarios, objetos cerámicos e instrumentos líticos.

Entre los hallazgos arqueológicos más importantes de Vicente Marcano, se encuentran los montículos habitacionales-funerarios de Tocarón, La Quinta y La Mata en la cuenca del Lago de Valencia. Las propias palabras de Vicente Marcano muestran la magnitud de los restos arqueológicos hallados para el año de 1887 en dicha cuenca:

... el más importante resultado de esta primera recorrida fue el descubrimiento hecho en el sitio denominado Los Cerritos, cerca de Santa Cruz, en inmediaciones del Lago de Valencia, de una inmensa necrópolis india. Para dar idea de su magnitud bastará anotar que los cerritos son eminencias artificiales en número de cerca de cien, que tienen a veces doscientos metros de largo por quince a veinte

de ancho.... todas están plagadas de restos humanos, objetos de adorno, utensilios de barro y restos de cocina (Marcano, V. 1971:350).

Cuando examinamos el trabajo de Gaspar Marcano *Etnografía precolombina de Venezuela. Valles de Aragua y de Caracas*, publicado por primera vez en París en el año de 1889, podemos constatar que es con Vicente Marcano que se realiza por primera vez en Venezuela una excavación arqueológica donde se describe de manera minuciosa el contexto excavado, e inclusive de manera pionera se aplican pruebas químicas para descifrar los orígenes de los sedimentos presentes en el yacimiento arqueológico (Marcano G., 1971).

La descripción refinada hecha por Vicente Marcano del contexto arqueológico excavado en La Mata, estado Aragua, demuestra que Vicente utilizó en su excavación las técnicas estratigráficas, ya en boga en Europa por los postulados hechos por Boucher de Perthes y Charles Lyell (Daniel, 1987; Trigger, 1992), para tener mayor precisión del contexto excavado:

Los cerritos... tienen forma de mamelones de contornos ovales; los más pequeños miden 10 metros en su mayor eje y 3 metros de altura. Lo más grandes llegan a 300 metros de diámetro. Descansan sobre un terreno arcilloso que encierra los mismos fósiles que la arcilla del Lago... La sonda aplicada a su base, encuentra a los 60 centímetros de profundidad, una capa de tierra fosilífera debajo de la cual se halla de trecho en trecho un cerco ininterrumpido. El cerco está formado por verdaderos muros alineados circularmente y circunscribiendo un cementerio que contiene restos de una población extinguida. El espesor de la construcción es de 90 centímetros... Cada columna está compuesta de piedras aplastadas, apiladas y colocadas regularmente las unas sobre las otras.... Debajo de las columnas no se han encontrado ni pilotes ni construcciones de ninguna clase. Entre los espacios que las murallas dejan entre sí, aparece una enorme acumulación de osamentas enteras y fragmentadas, de conchas, de útiles de piedra, de hueso, de madera y vasijas para

diversos usos de las cuales una gran cantidad han conservado la huellas del fuego... (Marcano G., 1971:40).

Apoyado en las investigaciones de campo que realizó su hermano Vicente, Gaspar Marcano quizás es el primer intelectual venezolano que combina diversas fuentes para profundizar el conocimiento de la historia aborigen de Venezuela. Con Gaspar Marcano, se incorporaran por primera vez las evidencias arqueológicas provenientes de diversos sitios arqueológicos a la explicación de la historia de la República. En este contexto, para realizar la reconstrucción de la etnografía precolombina de Venezuela, como él la llamó, combinó en sus monografías los análisis de las evidencias cerámicas, líticas y osteológicas provenientes de las excavaciones realizadas por su hermano, con los petroglifos y la información que suministran los textos de Indias, los exploradores y los viajeros que pasaron por nuestro territorio. Es así que para conocer, por ejemplo, el estado social de la cultura extinguida de los indígenas de los Valles de Aragua y Caracas, Gaspar Marcano se valió de los objetos dejados por estos indígenas, los petroglifos, los restos óseos y los textos de Indias (Marcano G., 1971a).

La amplia extensión territorial estudiada por Vicente Marcano y las monografías escritas por su hermano Gaspar, nos hace pensar que el interés de estos intelectuales era tener una visión general de la ocupación del territorio que diera cuenta de la diversidad de pueblos que existieron en la geografía venezolana antes de la conquista europea.

Aunque Gaspar Marcano no se preocupó por establecer cronologías de ocupación de los pueblos precolombinos, en algunos pasajes de su obra asomó los problemas del poblamiento temprano de los territorios que hoy forman parte de Venezuela. En este sentido, Marcano postuló de manera visionaria lo que sería el punto de partida de la llamada teoría de "H" (Osgood y Howard, 1943), impuesta en Venezuela a partir de la década de los años

treinta del siglo XX con la arqueología del “Buen Vecino”. Decía Marcano que:

La definición de pueblos diferentes, en los dos extremos del territorio, y baja la misma longitud, no deja entrever la posibilidad de reconstruir las razas indias que lo han habitado. Este estudio, será tanto más fácil de seguir cuanto que allí no puede haber la cuestión de tipos primitivos. Aunque la época cuaternaria sea allí totalmente desconocida, la geología actual del suelo y lo que conocemos de los precolombinos, son suficientes para hacernos presentir que la población no era autóctona (Marcano, 1971a:254-255).

Parece que en los conflictos de las naciones medio civilizadas que la rodeaban, Venezuela ha sido como la hostería de los viajeros maltrechos, el refugio de su miseria, y que, en esa mezcla, se trata sobre todo de discernir el valor tradicional del conjunto. (Marcano, 1971a:255).

Las investigaciones arqueológicas de campo realizadas por Vicente Marcano y los trabajos de análisis e interpretación realizados por su hermano Gaspar, abrían la posibilidad para finales del siglo XIX de conocer la historia aborígen venezolana desde una perspectiva distinta a la que tradicionalmente se tenía para ese entonces; sin embargo, es importante acotar que la obra antropológica de los hermanos Marcano no impactó lo suficiente en el país debido a que fue publicada en Francia y no tuvo en Venezuela una divulgación que trascendiera más allá de la pequeña elite intelectual venezolana.

Para el momento histórico que estamos tratando, no podemos dejar de mencionar a Alfredo Jahn que también formó parte del grupo de venezolanos que se preocupó por la arqueología y la antropología venezolana desde muy temprano, tal como lo demuestran las descripciones sobre petroglifos y piedras artificialmente ahuecadas de Venezuela y la noticia de la exploración y excavación que realizó como comisionado del Museo Etológico de Berlín hacia el año de 1903 en los sitios de La Mata y el sitio de Camburito en la cuenca del Lago de Valencia (Jahn, 1932).

En este contexto del debate sobre la importancia de los datos empíricos para el fortalecimiento de las investigaciones arqueológicas, Elías Toro introdujo hacia el año de 1906 una discusión importante sobre la cuestión de la recuperación de los datos en la investigación arqueológica, que a juzgar por las publicaciones arqueológicas realizadas en fechas posteriores por otros investigadores venezolanos, no tuvo mucho eco.

Aunque Toro no realizó ninguna excavación arqueológica, expuso en sus clases de antropología impartidas en la Universidad de Caracas la importancia de la estratigrafía en la indagación arqueológica. Planteaba Toro que era:

Difícil, si no imposible, es apreciar debidamente los datos que la arqueología y la paleontología nos suministran en lo relativo al hombre prehistórico, sin tener algún conocimiento sobre la constitución, forma y orden dispositivo de las diversas capas geológicas de donde se han exhumado los primeros documentos paleoarqueológicos... (Toro, 1906:25).

Si no se tomaban en cuenta los estratos geológicos en las investigaciones arqueológicas, para Toro:

...el estudio de esta materia se limitará a una exposición simple de lo conocido y aceptado, sin que estemos suficientemente preparados para realizar cualquiera experiencia personal, observaciones o estudios; máxime en nuestro vasto suelo, virgen de toda investigación, todavía intocado por la piqueta del arqueólogo, en lo que a prehistoria americana se refiere (Toro, 1906:25).

De esta manera Elías Toro en su tratado de *Antropología general y de Venezuela precolombina*, exponía desde el punto de vista teórico a comienzos del siglo XX los postulados y avances impulsados por Boucher de Perthes y Charles Lyell, considerados por la historiografía arqueológica como los pioneros de la arqueología científica europea (Trigger, 1992).

Para ese momento los estudios arqueológicos de Adolfo Ernst, y las excavaciones arqueológicas realizadas por Alfredo Jahn en la cuenca del Lago de Valencia no habían tomado en cuenta la estratigrafía de los contextos arqueológicos venezolanos, inclusive esta situación se repitió en fecha posterior, hacia la segunda década del siglo XX, con los trabajos arqueológicos de campo realizados por Luis Oramas en la cuenca del Lago de Valencia y en los montículos y calzadas de los llanos venezolanos (Oramas, 1917). Una excepción, las investigaciones arqueológicas de campo con sus respectivas interpretaciones realizadas por los hermanos Vicente y Gaspar Marcano que aunque no publican los perfiles estratigráficos de las excavaciones de los montículos en la cuenca del Lago de Valencia a finales del siglo XIX, evidencian, tal como lo comentamos en líneas anteriores, que sí tomaron en cuenta la estratigrafía de los sondeos para describir el contexto arqueológico excavado.

Indudablemente que la despreocupación por los principios cronológicos en las investigaciones arqueológicas realizadas los precursores de la arqueología venezolana, tenía su correspondencia, por un lado, con la política cohesionadora, desde el punto de vista político-territorial del Estado, impulsada desde la época de Guzmán Blanco hasta Gómez, de ahí que se imponía la necesidad primaria de establecer modelos que dieran cuenta de la afinidades raciales de los grupos que poblaron el territorio venezolano en la época precolombina y, por el otro, la concepción teórica evolucionista que presumía que para los estadios evolutivos anteriores a la civilización, las variaciones culturales de todos los pueblos del mundo habían sido mínimas.

A comienzos de la segunda década del siglo XX, Luis Oramas realizó un conjunto de investigaciones arqueológicas de campo en la geografía venezolana, Oramas exploró los sitios de Camburito, La Cuarta, La Quinta, La Mata y La Huérfana, ubicados entre las poblaciones de Santa Cruz y Magdaleno en la cuenca

del Lago de Valencia, y las calzadas y montículos de los Llanos de Portuguesa y Barinas (Oramas, 1917).

De las investigaciones arqueológicas realizadas por Oramas en la cuenca del Lago de Valencia hacia el año de 1914, nos informa:

Escudriñar los cerritos era el tema principal de nuestras investigaciones y para estudiarlos elegimos aquellos que no presentaban indicios de exhumaciones. Empezábamos a excavar la base de la elevación en sentido transversal y aparecían a menudo objetos de adorno... además de piedra... útiles industriales, ídolos de barro cocido... en esas colinas al continuar la excavación hacia el centro, a una profundidad de cincuenta centímetros encontramos Sarcófagos... (Oramas, 1917: 2).

No todos los cerritos contienen objetos y osamentas reunidos, pues suelen encontrarse túmulos con huesos solamente, sin objetos de adornos... por lo cual los actuales moradores de aquellos lugares dicen que existen “cerritos de indios pobres” y de “indios ricos”... (Oramas, 1917:2).

Sobre las calzadas y colinas indígenas de los llanos de Portuguesa y Zamora, Oramas también practicó excavaciones. Decía en su descripción de este tipo de contexto en los llanos venezolanos que:

Sumamente importantes son estas construcciones prehistóricas, que se hallan diseminadas en diferentes puntos de los llanos de los estados Portuguesa y Zamora... Estas calzadas suelen comunicarse con las colinas semejantes a las del Valle de Aragua, aunque más elevadas y pendientes, hasta el extremo de ser algunas de ellas inaccesibles; guardan analogía con las que se conocen en los Estados Unidos con el nombre de Mounds-Builders (Oramas, 1917:3).

En lo relativo a los montículos y calzadas de los llanos venezolanos, reportados por primera vez por Alejandro Humboldt (1985), se abrió a comienzos del siglo XX, a partir de la publicación *Construcciones prehistóricas* realizada por Lisandro Alvarado

en el año 1904, un amplio debate. Alvarado sostenía que dichas obras de ingeniería las habían realizado los Kaquetíos de Coro; sin embargo, el etnohistoriador merideño Julio César Salas sostenía que:

Al igual de Humboldt, creemos ser de antiquísimo origen los mound-bulding de los llanos de Venezuela, aunque juzgamos aventuradas su otra hipótesis: "... sus autores descendieron de las montañas de Trujillo y Mérida hacia las llanuras del río Apure..." Esta opinión la extrema el etnógrafo Febres Cordero, puesto que le asigna la construcción de esos monumentos de tierra a las tribus Canaguas y Aricaguas (indios Giros de Mérida). No encontramos tampoco basada la opinión del Doctor Lisandro Alvarado que atribuye dicho Mound a los Caquetíos, pues demasiados bárbaros me parecen tanto los Mucus como los Caquetíos para asignarle esa superior civilización... ¿Serían los Achaguas descendientes de esos pueblos antiguos y civilizados, y por consiguiente autores de las calzadas y colinas artificiales de los llanos de Venezuela... Existen muy poderosas razones para suponerlo... (Salas, 1918: 80-83).

A mediados de la segunda década del siglo XX, con los auspicios del Museo Americano de Historia Natural de Nueva York, Herbert Spinden visitó a Venezuela con la finalidad de hacer un reconocimiento arqueológico de campo y estudiar los restos arqueológicos existentes en el país, para tratar resolver algunos de los problemas fundamentales de la arqueología americana. No sabemos por cuánto tiempo estuvo Spinden en Venezuela, sin embargo, por su publicación sabemos que revisó colecciones privadas y visitó a Maracaibo, Bobures, Mérida, Trujillo, el Tocuyo, Barquisimeto, Valencia, Caracas, San Fernando de Apure, Ciudad Bolívar y Trinidad (Spinden, 1916).

Para Spinden, la posición intermedia de Venezuela entre los ricos y bien conocidos yacimientos de Colombia y Costa Rica, por un lado, y de la parte oriental de Brasil por la otra, podría suministrar pruebas respecto a las conexiones culturales del norte con el sur (Spinden, 1916).

Las investigaciones arqueológicas en la cuenca del Lago de Valencia, más específicamente en el estado Aragua, continuaron con el médico Rafael Requena que realizó diversas excavaciones en la hacienda de La Mata que para la época pertenecía a Juan Vicente Gómez (Requena, 1932a y 1932b).

Las excavaciones practicadas por Requena junto a Marius del Castillo, José Eusebio Gómez y su hijo Antonio Requena en La Mata y la península de la Cabrera, le permitió obtener un número importante de evidencias arqueológicas entre urnas, figurinas cerámicas, restos óseos e instrumentos líticos, entre otros, que le permitieron postular que en la cuenca del Lago de Tacarigua, como también se le conoció al Lago de Valencia, se encontraba la antigua Atlántida (Requena, 1932a).

2. La Arqueología del Buen Vecino

Entre 1920 y 1935, Venezuela pasa de ser un país agroexportador a un país exportador de petróleo, situación que paradójicamente indujo a la acentuación de dependencia colonial de Los Estados Unidos gracias al control de la explotación y comercialización petrolífera por empresas estadounidenses. La actividad petrolera desarrollada en Venezuela por compañías estadounidenses como la Lago Petroleum Corporation filial de la Standard Oil Company, le habían permitido a Venezuela obtener dividendos con los que pudo sortear la crisis económica producida por la caída de los precios agrícolas a nivel mundial y, en consecuencia, tener un auge económico sin precedente que le permitió pagar la deuda externa y construir la Gran Carretera de Los Andes (Rodríguez, 1983). Pero la explotación petrolera en el territorio venezolano no solamente contribuyó a mejorar las cuentas fiscales para construir obras de infraestructura en la Venezuela de ese entonces, también contribuyó indirectamente con el inicio del sometimiento epistemológico del quehacer arqueológico venezolano al paradigma arqueológico estadounidense.

Un ejemplo de los tantos que podemos citar de la relación petróleo con arqueología, lo encontramos en los trabajos publicados por la arqueóloga Gladys Nomland sobre los sitios Hato Viejo, El Mamón y La Maravilla en el estado Falcón. Parte del material arqueológico analizado por Nomland en sus trabajos fue descubierto por el Dr. H. F. Stanton que se desempeñaba como médico en el campo de una reconocida compañía petrolera establecida en Urumaco y que, en concordancia con J. O. Nomland, que realizaba para ese entonces investigaciones geológicas para dicha compañía, deciden invitar a la arqueóloga estadounidense al estado Falcón (Nomland, 1935).

El petróleo venezolano como materia prima era de suma importancia para el éxito de la política del New Deal y del Buen Vecino diseñadas en el periodo presidencial de Franklin Delano Roosevelt. Como es bien sabido que a partir del famoso “Crack del 29”, producido en la bolsa de valores de Nueva York, devino la mayor crisis que el capitalismo mundial haya conocido en la historia. Los Estados Unidos de América atravesaba una profunda crisis económica y social, que llevó a Roosevelt con el fin de superar dicha crisis, a promover un plan político, económico y social que buscaba fomentar las exportaciones de productos estadounidenses –la política del New Deal– y desarrollar una política exterior –la política del Buen Vecino– que le permitiera colocar sus productos en los países vecinos y obtener las materias primas necesarias para dinamizar su economía.

Indudablemente que la política de “Buena Vecindad” no fue un producto exclusivo del presidente Roosevelt, este proyecto fue ensamblado por un equipo de asesores que representaban a grandes compañías estadounidenses, golpeadas por la recesión económica vivida en Los Estados Unidos para ese entonces. Nelson Rockefeller nombre muy ligado a la antropología y la arqueología latinoamericana, resalta entre los empresarios e ideólogos de la política de “Buena Vecindad” (Meneses, 1991- 1992).

Los estadounidenses le dieron importancia al conocimiento de las realidades histórico-culturales de nuestros países, para así garantizar la efectividad de sus planes. En este sentido el Congreso estadounidense:

...echó las bases en 1936, cuando creó la División de Relaciones Culturales para promover el panamericanismo y promover los intereses de los Estados Unidos en América Latina y asignó fondos para la política del Buen Vecino. Nelson Rockefeller, quien comprendía como pocos a América Latina..., fue nombrado coordinador de Asuntos Interamericanos en 1938. Su oficina asignó fondos a investigaciones arqueológicas que fueron organizadas y administradas por el Instituto de Investigación Andina... (Patherson, 1981:65).

De esta manera Nelson Rockefeller, accionista de la Standard Oil Company, financió las investigaciones arqueológicas adelantadas por Alfred Kidder II entre los años 1933 y 1934 en la cuenca del Lago de Valencia (Kidder II, 1944), y promovió por medio del Instituto de Investigaciones Andinas, financiado en su gestión como coordinador de Asuntos Interamericano del Departamento de Estado, el *survey* arqueológico de Venezuela realizado Cornelius Osgood y George Howard entre los años de 1941 y 1942 (Osgood y Howard, 1943) y las excavaciones de George Howard en Ronquín en el año de 1941 (Howard, 1943). De igual manera, el Departamento de Estado, la Unión Panamericana, la United Fruit Company y la Venezuela Oil Company apoyaron y promovieron las investigaciones de Vincenzo Petruccio entre los años de 1933 y 1934 en los Llanos de Apure (Petruccio, 1969).

Para algunos/as arqueólogos/as venezolanos/as que han historiado la actividad arqueológica venezolana, es precisamente con los trabajos hechos por Bennett (1937), Kidder II (1944) y Osgood y Howard (1943), que se inicia la arqueología académica y/o científica en el territorio venezolano (Molina, 1990; Gassón y Wagner, 1998). Esta posición también la expresaba Bennett hacia

el año de 1932 cuando le comentaba al *Diario La Esfera*, editado en Caracas que: “Yo vine decidido a permanecer una sola semana y me quedé un mes corrido... La arqueología venezolana acaba de nacer...” (Bennett, 1932); sin embargo, tal como lo hemos planteado anteriormente, consideramos que la ciencia arqueológica venezolana tiene sus orígenes en las investigaciones que adelantaron diversos intelectuales venezolanos a finales del siglo XIX.

Sin embargo, Wendel Bennett, Alfred Kidder II, Vincenzo Petruccio y Cornelius Osgood y George Howard, vinieron a nuestro país para hacer arqueología y darle respuesta desde su perspectiva a los procesos histórico-culturales de nuestro pueblo. Muchos de ellos, y así lo confirman en los prólogos de sus obras, fueron invitados inicialmente por el Dr. Requena, quien se desempeñaba como secretario privado de Juan Vicente Gómez y luego por el respaldo dado por el Presidente Isaías Medina Angarita quien apoyó con sagacidad la cooperación interamericana. Pero, si revisamos detalladamente, apreciaremos que Requena y Medina formalizaron las estadías de estos científicos sociales en nuestro país. Estos investigadores vienen a Venezuela, como muchos otros fueron a otros países latinoamericanos, a cumplir una misión que tenía correspondencia con el desarrollo de la política del “Buen Vecino” en el contexto de la importancia estratégica dada a nuestro país como proveedor de petróleo por la administración estadounidense de ese entonces.

En este contexto, la arqueología hecha por Bennett, Kidder II, Osgood y Howard aplicó por primera vez de manera sostenida en nuestro país el uso de la estratigrafía métrica y pautas formales para la presentación de los informes de las investigaciones arqueológicas, que permitieron darle cierta “rigurosidad científica” a las excavaciones realizadas por ellos. De igual manera, implantaron como objeto de estudio de la arqueología la concepción estadounidense de la cultura asociada, por razones geopolíticas relacionadas con los intereses estadounidenses en América, con teorías

difusionistas, trayendo como consecuencia la reconversión de la línea de investigación de la arqueología, hecha por venezolanos, que planteaba que la investigación arqueológica se hacía para conocer nuestra historia patria.

Como consecuencia de la implantación de la política del “Buen Vecino”, los centros de investigación arqueológica estadounidenses, vieron la necesidad de tener un enfoque global de las culturas de la época “prehispánica” que les permitiera a los políticos estadounidenses justificar desde una perspectiva histórica el panamericanismo. Esta visión que asumía darle mayor cobertura en territorio al quehacer arqueológico, va a ir, desde el Suroeste de los Estados Unidos de América, pasando por Centroamérica y las Antillas, hasta Suramérica; describiendo bajo una apariencia neutral los restos arqueológicos. En esencia, lo que se ponía en juego era la búsqueda de un esquema que permitiera sustentar, desde el punto de vista político-ideológico, la política expansionista estadounidense hacia América Latina.

De esta manera, nace la famosa teoría de la “H”, planteada de manera más elaborada por Cornelius Osgood y George Howard en su obra *An archeological survey of Venezuela*, publicada por el departamento de Antropología de la Universidad de Yale. Según Osgood y Howard:

Venezuela es una región de gran importancia arqueológica, es una suerte de barra horizontal de una “H” entre las principales rutas de migración a lo largo de las costas de América y los cambios posteriores a lo largo de las partes este de Suramérica y las Antillas, es un país de influencias culturales entrelazadas... (Osgood y Howard, 1943:5).

Osgood y Howard, al igual que otros investigadores estadounidenses, asumían que el territorio venezolano llegó a ser el paso natural para las influencias culturales provenientes de Centroamérica y tránsito de las influencias culturales de Suramérica

hacia las Antillas. La ubicación geográfica de Venezuela jugó un papel determinante a la hora de elaborar este modelo de explicación difusionista del desarrollo histórico-cultural de América.

El *survey* arqueológico de Osgood y Howard, financiado por la Oficina de Asuntos Interamericanos del Departamento de Estado bajo la denominación de Proyecto Cinco, permitió sistematizar en un solo volumen la mayoría de los sitios arqueológicos existentes en la Venezuela de ese entonces. Osgood y Howard describieron los materiales cerámicos y lo clasificaron en fases arqueológicas, obteniendo como resultado un modelo de clasificación tentativo de la cultura “Prehispánica” venezolana (Osgood y Howard, 1943).

Las posiciones explicativas difusionistas también las podemos encontrar en la obra de Alfred Kidder II titulada *Archaeology of northwestern Venezuela*, publicada por la Universidad de Harvard en el año de 1944. La obra de Kidder II recoge los resultados de la revisión de colecciones arqueológicas privadas y de las excavaciones arqueológicas que practicó hacia los años de 1933 y 1934 en la cuenca del Lago de Valencia, más específicamente en la península de La Cabrera, estado Carabobo y Carache, estado Trujillo.

Según Kidder II:

Venezuela probablemente no sea un centro de origen de cultura mayor, parte de la evidencia apunta a la recepción de las ideas de otras áreas. Pero, al igual que Colombia, Venezuela tiene una gran importancia como centro de un pasillo y de los acontecimientos locales de considerable importancia en la prehistoria del norte de Suramérica, y en particular de las Antillas. En Venezuela los datos deberían aumentar nuestro conocimiento de la posible difusión de los rasgos centroamericanos, su influencia en el sur del continente y su reunión con las características desarrollado en el país en movimiento al norte y al oeste (Kidder II, 1944:3).

De la misma forma asoma a manera de conclusión que:

...la cultura venezolana conocida en pequeña perspectiva histórica, parece haber resultado de la fusión de muchos elementos occidentales, posiblemente centroamericanos, muchos de los cuales parecen haber pasado hacia el Este y el Sur de Venezuela propiamente... Esta es una situación que uno puede predecir razonablemente sobre fundamentos geográficos, pero los factores de tiempo, adaptación local y cambio se combinan para hacer de ellas una situación muy compleja (Kidder II, 1944:169).

Hacia la década de los cuarenta del siglo XX, en plena ejecución de la política del Buen Vecino de parte del Departamento de Estado y la industria petrolera estadounidense asentada en Venezuela, el gobierno venezolano del general Isaías Medina Angarita apoyaba plenamente, por lo que se desprende del prólogo de Osgood y Howard (1943), el panamericanismo arqueológico. Según Osgood y Howard era importante rendirle tributo a la política de cooperación interamericana apoyada con sagacidad por el Presidente de la República, general Isaías Medina Angarita (Osgood y Howard, 1943:6). En este período se empiezan a concretar en Venezuela y en el resto de América Latina, un conjunto de estructuras políticas-administrativas que eran producto de la implementación de la política de buena vecindad, es así como nace en 1943 el llamado Grupo de Caracas de La Sociedad Interamericana de Antropología y Geografía.

El Grupo de Caracas de la Sociedad Interamericana de Geografía e Historia, fundado en 1943 en una reunión realizada en el Museo de Ciencias Naturales de Caracas, dirigido por Walter Dupouy, va a jugar un papel importante en las investigaciones arqueológicas que se realizaron en Venezuela en la década de los cuarenta. Dupouy apoyó desde el Museo de Ciencias Naturales de Caracas el *survey* arqueológico realizado por Osgood y Howard en el territorio venezolano (1943), promovió académicamente en Venezuela la teoría de la “H” propuesta por la arqueología del

Buen Vecino (Dupouy, 1952) y en alianza con Antonio Requena – hijo de Rafael Requena– y José María Cruxent, realizó investigaciones arqueológicas de campo en el territorio venezolano, entre las que podemos mencionar las del Río Memo en el estado Guárico (Dupouy, Requena y Cruxent, 1948).

La presencia de los estadounidenses en la cuestión arqueológica venezolana para la época que estamos tratando fue tan intensa que se llegó al extremo que hasta los militares de Los Estados Unidos de América que se encontraban “asesorando” al gobierno nacional, también hacían arqueología, tal como lo demuestra las excavaciones arqueológicas realizadas en año de 1948 en la población de Obispos, estado Barinas por el Mayor V. C. Simona, el Sargento Maestro Ralph Alcocer y el Teniente Coronel B. R. Lewis, (Lewis, 1949).

De todos estos investigadores de la época sobresale la figura de José María Cruxent, quien en la década de los cuarenta del siglo XX publicó un gran número de artículos sobre sitios arqueológicos y descripciones formales de piezas líticas y cerámicas, y en las década de los cincuenta y sesenta va a jugar un rol protagónico en la arqueología venezolana desde la dirección del Museo de Ciencias y luego como profesor fundador de la Escuela de Sociología y Antropología de la Universidad Central de Venezuela.

3. El nuevo ideal de la Arqueología

La década que va desde 1948 a 1958 se convierte en una época en la cual se consolida de una manera clara la estructura capitalista en Venezuela. En términos generales, podemos señalar que este decenio se puede describir como una dictadura militar que introduce importantes cambios en la economía nacional que repercutieron en una diferenciación clara en la estructura social del país. En este período histórico se evidencian, dos tendencias en el que hacer arqueológico venezolano que la marcará hasta nuestros días.

Una primera manera de concebir la arqueología en ese entonces, tuvo sus orígenes en la arqueología del Buen Vecino, es decir, en los estudios hechos en el país por Osgood y Howard (1943). Esta tendencia que se impuso en la arqueología venezolana, la encabezaron José María Cruxent e Irving Rouse, estos arqueólogos se identificaron con la concepción boasiana de la Antropología donde la arqueología forma parte de misma, en consecuencia comparten un mismo objeto de estudio: la cultura (Meneses, 1991).

José María Cruxent inició sus trabajos arqueológicos en Venezuela para el año 1942 y fue, entre 1944 y 1962, Director y Conservador de Arqueología del Museo de Ciencias Naturales de Caracas. Este estudioso publicó a partir de 1942 una pléyade de artículos descriptivos de restos y sitios arqueológicos venezolanos. Por su parte, Irving Rouse, como profesor de la Universidad estadounidense de Yale, fue un continuador de la obra de Cornelius Osgood. Rouse estuvo en Venezuela en los años de 1946, 1950, 1955, 1956 y 1957; de su trabajo durante estas estadías cabe resaltar, por su contenido práctico, el trabajo realizado junto con Cruxent en la Península de Araya en el año de 1950 donde participó también Acosta Saignes.

Los diferentes trabajos realizados por Cruxent y Rouse en este período se sintetizan en la obra clásica de la arqueología venezolana titulada *Arqueología Cronológica de Venezuela* (1982). La participación Rouse en estos trabajos trajo como consecuencia que dicha monografía se convirtiera en una extensión en el tiempo y en el espacio de los trabajos y propuestas de Osgood y Howard (1943). Según Cruxent y Rouse el objetivo de la arqueología cronológica de Venezuela era:

... ofrecer un resumen del estado presente de la arqueología venezolana, esto es, poner al día los trabajos de Osgood y Howard. Para ello presentamos no sólo los resultados de nuestras propias investigaciones sino también, en la medida en que no son conocidos, los

hallazgos de los autores que nos precedieron en análogos estudios, aunque ilustramos las descripciones referentes a nuestros trabajos con detalle relativamente mayor (Cruxent y Rouse, 1982:15).

Quizás el aporte fundamental de la obra de Cruxent y Rouse fue que permitió establecer por primera vez en nuestro país una tabla cronológica para el desarrollo cultural de los pueblos “prehispánicos”, gracias al novedoso, para ese entonces, método de fechamiento del carbono catorce (C14); y la reunión en un solo volumen la caracterización de los diferentes sitios arqueológicos existentes en la geografía venezolana para la época. La arqueología practicada por estos intelectuales ve en la cerámica un indicador por excelencia, sin embargo, esto es asumido de una manera unilateral. El estudio de los restos cerámicos es orientado únicamente hacia el estudio descriptivo y lo formal de su constitución, de allí que en su obra prevalezca la descripción formal y descontextualizada de los restos arqueológicos, en particular de los restos cerámicos (Cruxent y Rouse, 1982).

A partir de la obra arqueológica de Cruxent y Rouse las interpretaciones arqueológicas en Venezuela empezaron a sustentarse en la cerámica arqueológica. De esta manera terminan definiendo, sobre la base de una supuesta ausencia de otras evidencias no cerámicas en los contextos excavados por ellos, que:

...Todo grupo social deberá poseer normalmente un estilo cerámico único durante un determinado periodo del tiempo, excepto en los periodos de transición entre estilos... (Cruxent y Rouse, 1982:23).

Esta posición asumida por Cruxent y Rouse, trajo como consecuencia inevitable el apuntalamiento de posiciones que se venían perfilando desde el advenimiento de la arqueología del Buen Vecino en Venezuela, que no veía en los estudios arqueológicos la posibilidad real de conocer la historia de los pueblos originarios que ocuparon los territorios que hoy forman parte de Venezuela.

Los objetos arqueológicos se convirtieron en la razón de la arqueología (Sanoja y Vargas, 1990), la historia de los grupos étnicos que ocuparon los territorios venezolanos era un asunto de los/as historiadores/as y de los/as antropólogas/as sociales.

La segunda forma de asumir la cuestión arqueológica en Venezuela, fue encabezada por Miguel Acosta Saignes que había llegado de México graduado de antropólogo a finales de 1946. Sus actividades en el campo de la investigación arqueológica se realizaron a partir del año de 1949 con una serie de excavaciones en diferentes regiones del país: La Pitía, en el estado Zulia y Río Chico, en el estado Miranda (Rodríguez, 1994).

En contraposición a la arqueología del Buen Vecino, el maestro Acosta planteaba que, aunque existían arqueólogos no interesados en la reconstrucción histórica y solamente se especializaban en la recuperación de los restos materiales en un contexto arqueológico, los arqueólogos eran verdaderamente historiadores que sustentaban sus investigaciones no con documentos escritos, sino con evidencias materiales presentes en un contexto arqueológico (Acosta Saignes, 1974), en sus propias palabras:

“Los arqueólogos toman una tarea tremenda: la de suministrar los elementos de la historia, buscando coincidencias analizando rasgos disímiles, rastreando parentescos. Su labor ha de ser paciente, reposada, consciente de que solo una cooperación de especialistas largamente mantenida pueda aportar informaciones y contribuir a conocimiento cabal del pasado” (Acosta Saignes, 1974: 15-16).

El maestro Acosta saignes, como también se le conoció, criticó a los iniciadores de la arqueología del Buen Vecino en Venezuela por promover propuestas antinacionales:

“... Ciertamente Osgood y Howard no intentaron más de lo que el título de su libro expresaba: “An Archaeological Survey of Venezuela”, como dice “un vistazo arqueológico de Venezuela”. Pero la “teoría de la H” resultó una conclusión inquietante: ¿Es que en que

tiempos prehispánicos nadie había asentado sus plantas para la residencia secular o milenaria en nuestro país? Es que habíamos sido tierra condenada a las migraciones incesantes donde nunca habían arraigado culturas? Es que la tierra venezolana había sido tan estéril que nunca en ella se había desarrollado sociedades sedentarias estables y que nunca madurado aquí ninguna comunidad? Las afirmaciones preliminares Osgood y Howard se juntaban, lejos de las búsquedas arqueológicas técnicas, con inquietantes afirmaciones de historiadores antinacionales, basadas en circunstancias de que no quedaron en nuestro territorio grandes edificios, impresionantes pirámides o riquísimos entierros, como señuelos de huaqueros y pasmo de turistas rudimentarios. La cuestión apuntaba a la raíces del sentimiento de la nacionalidad, pues mientras a los niños y adolescentes peruanos, mexicanos, ecuatorianos, guatemaltecos, por ejemplo, reciben de sus mayores muchas vivencias que se acendran en los museos y en los libros de historia, a los estudiantes venezolanos se traslada errónea visión de que el país comenzó apenas en el día de la llegada de Colón, lo cual produce naturalmente un apego inmediato a las condiciones del colonialismo que algunos historiadores, todavía en 1974, ensalzan como única raíz de la formación nacional...” (Acosta Saignes, 1974a: 12).

El debate entre estas dos formas de hacer arqueología en Venezuela se libra en el contexto de la dictadura de Marco Pérez Jiménez que promovía su “Nuevo Ideal Nacional” y en el marco de la fundación de la Escuela de Sociología y Antropología de la Universidad Central de Venezuela, institución que adquirió una importancia trascendental para los estudios arqueológicos venezolanos debido a que cimentó en el país, junto con el Instituto de Antropología e Historia de la UCV, fundado por Miguel Acosta Saignes (Rodríguez, 1994), precisamente las dos posiciones teóricas-prácticas mencionadas en líneas anteriores y permitió, a finales de la década de los cincuenta del siglo XX, el egreso de los/as primeros/as arqueólogos/as formados/as como tales en el territorio venezolano (Meneses, 1992; 2001).

Para la fundación de la Escuela de Sociología y Antropología en el año de 1952 la universidad estadounidense de Wisconsin desempeñó un papel notable en su apertura. Producto de un convenio del “Consejo de la Reforma” de la UCV y la universidad estadounidense antes nombrada, se le confió, a George Hill, especialista en sociología rural, la tarea de reorganizar los estudios de sociología y antropología en Venezuela. En este sentido:

El doctor George Hill...(estuvo) como coordinador del Departamento de Sociología y Antropología de la Facultad de Ciencias Económicas y Sociales de la Universidad Central de Venezuela, por invitación del ciudadano Presidente Coronel Marcos Pérez Jiménez, encomendándole la organización y coordinación del plan de estudio de ese Departamento... (*El Universal*: 24 09 54).

El objetivo fundamental del Departamento, según el propio Hill era:

...proporcionar a Venezuela un cuerpo de investigadores llamados no sólo a desempeñar los cargos académicos, sino también a ocupar cargos creados por el gobierno en su propósito constante de resolver problemas económicos y sociales, desde la incorporación pacífica de los indígenas a la vida nacional, hasta el mejoramiento de las relaciones obreras... (*El Universal*: 24 09 54).

Para el antropólogo Rodolfo Quintero, la contratación de antropólogos estadounidenses para la fundación de la Escuela de Sociología y Antropología en la UCV, respondía a la necesidad de asegurar que dicha escuela se convirtiera en una fábrica de teorías para estabilizar y fortalecer el régimen dictatorial de Marco Pérez Jiménez que favorecía los intereses políticos-económicos de los Estados Unidos en Venezuela, por esta razón, según Quintero, no se intentó la contratación de antropólogos/as europeos/as, por ejemplo (Quintero, 1964).

La fundación de la primera Escuela de Sociología y Antropología del país tenía, a nuestra manera ver, correspondencia clara con la importancia dada por los sectores oligárquicos venezolanos y los Estados Unidos de América de cristalizar el “Nuevo Ideal Nacional”, con el fin de acabar con las contradicciones de clases que eran enmascaradas con el supuesto ideal “nacional” para elevar a Venezuela al mismo nivel de las naciones desarrolladas del mundo. En este contexto sociohistórico, la antropología estadounidense reunía las condiciones para el éxito de dicho proyecto debido a su filiación a las teorías difusionista, funcionalistas y al positivismo en general, y al énfasis que le daba a la enseñanza de técnicas operacionales para la recolección de “datos” (Meneses, 1991).

No podemos dejar de mencionar que para los años cincuenta del siglo XX, también realizan investigaciones arqueológicas en el territorio venezolano Helmuht Fusch y el hermano Basilio, investigadores que se encontraban adscritos a la Sociedad La Salle de Ciencias Naturales de Caracas y al Centro La Salle de Barquisimeto, estado Lara (Basilio, 1959).

Con los/as primeros/as egresados/as de la Escuela de Sociología y Antropología de la Universidad Central de Venezuela, arranca un largo período del quehacer arqueológico venezolano que va a permitir, entre otras cosas, abrir nuevos espacios institucionales de investigación arqueológica en Venezuela y a consolidar dos maneras de asumir la investigación arqueológica: una que considera a la cultura como objeto de la arqueología; y la otra, que considera como objeto de estudio de la arqueología la historia.

4. 40 años después del Nuevo Ideal Nacional

A finales de los años cincuenta y comienzos de la década los sesenta del siglo XX con la instauración de la democracia representativa adeco-copeyana en Venezuela, la arqueología que es realizada en país sigue viviendo en términos generales de los influjos institucionales y prácticos que recibió por la puesta en mar-

cha del Nuevo Ideal Nacional. Podemos enumerar dos aspectos trascendentales del quehacer arqueológico venezolano que emerge de esta época y se prolonga por los últimos cuarenta años del siglo XX. El primero tiene que ver con que la investigación arqueológica en Venezuela la empiezan a desarrollar los primeros egresados/as de la Escuela de Sociología y Antropología de la UCV en los años sesenta y la formación por parte de ellos/as de una generación de arqueólogos/as venezolanos/as que empiezan hacer arqueología en Venezuela; y, segundo, la fundación de instituciones y centros regionales de investigación arqueológica.

De las primeras investigaciones realizadas por los/as egresados/as de la Escuela de Sociología y Antropología de la UCV, algunas le dieron continuidad al modelo teórico implantado en Venezuela por los arqueólogos estadounidenses, agregándole condicionamientos ambientales para explicar la historia cultural de la llamada época prehispánica, profundizando de esta manera la tendencia que se gestó en Venezuela con la implementación de la Arqueología de Buen Vecino en nuestro territorio. Otras investigaciones realizadas por los primeros/as egresados/as buscaron alternativas interpretativas de los procesos históricos desarrollados por los pueblos que nos antecedieron amparándose en la técnica de seriación como técnica para ordenar los datos con fines cronológicos (Vargas, 1986). La primera forma de abordar la investigación arqueológica que hemos mencionado la encontramos en Erika Wagner con los trabajos realizados por dicha investigadora, entre los años de 1963 y 1971, en Carache y Boconó, en el estado Trujillo y en Mucuchíes en el estado Mérida, (Wagner, 1967; 1972) y en Alberta Zucchi que realizó, entre los años de 1964 y 1968, investigaciones arqueológicas en los llanos venezolanos, más específicamente en el estado Barinas (Zucchi, 1968;1975); y la segunda posición, se encuentra representada por los trabajos realizados a partir de 1963 por Mario Sanoja e Irida Vargas en la porción suroccidental del Lago de Maracaibo, la Cordillera Andina

de Mérida, La Península de la Guajira y el estado Lara (Sanoja, 1969; Sanoja y Vargas, 1967).

Las tendencias antes esbozadas van a copar los espacios académicos de investigación radicados en la región capital, a tal punto, que hacia la década de los años ochenta en Venezuela existían dos organizaciones que agrupaban los/as arqueólogos/as del país. La primera, a comienzos de la década de los sesenta del siglo XX, va a establecer su centro de operaciones en el recién fundado Departamento de Antropología del Instituto Venezolano de Investigaciones Científicas (IVIC), organizado y dirigido por J. M. Cruxent y en la Escuela de Sociología y Antropología de la UCV. La segunda tendencia, inició sus investigaciones de campo a comienzos de los años sesenta en la Universidad de Los Andes en el estado Mérida, para luego trasladarse a la Sección de Arqueología del Instituto de Investigaciones Económicas y Sociales de la Universidad Central de Venezuela (Vargas, 1986).

A juzgar por las publicaciones realizadas por Erika Wagner, sus trabajos arqueológicos se centraron fundamentalmente en Carache y Boconó, en el estado Trujillo; Mucuchíes en el estado Mérida y la cuenca del Lago de Maracaibo (Wagner, 1967; 1972).

De los trabajos de Wagner resalta el realizado en Carache, entre los años de 1963 y 1964 que se resume en la monografía *Prehistoria y etnohistoria del área de Carache en el Occidente Venezolano*, que le sirvió de tesis doctoral en la Universidad de Yale para la época en cuestión (Wagner, 1988). En este trabajo, Wagner postuló, a partir de la variabilidad ecológica y los datos de los cronistas existentes para la zona andina, la existencia de diversos “patrones culturales” en la Venezuela “prehispánica”, llamándolos: “patrón andino”, “patrón sub andino” y el “patrón de selva tropical” (Wagner, 1967; 1980; 1988). Cada patrón cultural es el resultado de las adaptaciones culturales hechas por las comunidades “prehispánicas” que habitaron los diferentes pisos térmicos y altitudinales de los Andes venezolanos, de modo que, interpretan-

do a Wagner, los factores ambientales moldearon y determinaron el desarrollo histórico-cultural de las sociedades que nos antecedieron, negando así la capacidad creadora y recreadora de hombres, mujeres, niños, niñas, ancianos y ancianas.

Simultáneamente, Alberta Zucchi trabajó desde 1964 en los Llanos de Barinas con la finalidad de estudiar arqueológicamente el origen, las características culturales y los sistemas agrícolas de las comunidades originarias que poblaron los Llanos.

También en los años sesenta, Mario Sanoja e Iraida Vargas promovieron explicaciones de los contextos arqueológicos amparadas por un marco teórico funcionalista que le daba preponderancia al ecosistema para explicar el desarrollo histórico de los pueblos originarios que ocuparon nuestro territorio antes de la invasión europea (Sanoja, 1972 y Vargas, 1981). Es a partir de la década de los setenta del siglo XX, a raíz de un simposio celebrado en el Congreso de Americanistas de Lima, organizado por Luis Lumbreras, entre otros, que Vargas y Sanoja postulan desde la Universidad Central de Venezuela la Arqueología Social Latinoamericana, sustentada en los planteamientos filosóficos de Carlos Marx (Sanoja y Vargas, 1974).

En el año de 1974 Sanoja y Vargas publicaron *Antiguas formaciones y modo de producción venezolanos. Notas para el estudio de los procesos de integración de la sociedad venezolana (12.000 a.C. - 1.900 d.C.)*, obra que marcó el inicio de la Arqueología Social Latinoamericana en la práctica arqueológica venezolana y que se vio cristalizada a finales de la década de los ochenta con la publicación de Iraida Vargas, *Arqueología Ciencia y Sociedad. Ensayo sobre teoría arqueológica y la formación económica social tribal en Venezuela* (Vargas, 1990).

Como tendencia diferenciada de la arqueología del Buen Vecino, la Arqueología Social Latinoamericana reivindicó la labor de los/as arqueólogos/as como historiadores/as que debían

buscar en los contextos arqueológicos estudiados, las leyes causales de los procesos históricos impulsados por las sociedades aborígenes y sus conexiones con el presente y no quedarse en las formas fenoménicas de la realidad social que se expresan en la cultura. Se trataba entonces de estudios a partir de los contextos arqueológicos los procesos sociales e históricos que han determinado los procesos de etnogénesis de los Estados contemporáneos.

Pero es extremadamente importante decir que no sólo desde Caracas se hacía arqueología en el territorio venezolano, ya desde los años sesenta y setenta se realizaba investigaciones arqueológicas en los estados Aragua, Carabobo, Lara, Mérida y Táchira por instituciones que no tenían su sede en la capital.

Precisamente a partir de los años sesenta y setenta del siglo XX, se empezaron a fundar otras instituciones relacionadas con la investigación arqueológica en diversas regiones de Venezuela. Ya para el año de 1964, Henriqueta Peñalver fundó el Instituto de Antropología e Historia de los estados Aragua y Carabobo. Como una de las primeras arqueólogas egresada de la Escuela de Sociología y Antropología de la U.C.V., Peñalver, realizó distintas excavaciones en la cuenca del Lago de Valencia y fundó en los años sesenta, el Museo de Antropología del estado Aragua y el Museo Arqueológico del estado Carabobo. También en los años sesenta, a partir de los hallazgos de un cementerio aborigen en Quíbor, estado Lara, Adrián Lucena Goyo creó el Centro Antropológico y Paleontológico del Estado Lara, institución que le daría paso hacia el año de 1981, bajo la dirección del arqueólogo Luis Molina y la arqueóloga María Ismenia Toledo, al Museo Arqueológico de Quíbor.

Pero las fundaciones de centros regionales para la investigación arqueológica no pararon con las aperturas de los centros ubicados en la región central de Venezuela, hacia el estado Falcón y los estados andinos también se fundaron diversos centros de investigación arqueológica. De este modo se creó, por iniciativa de

Jorge Armand y Jacqueline Clarac de Briceño, a comienzos de los años setenta del siglo XX, el Museo Arqueológico de la Universidad de Los Andes. También hacia el año de 1976 la arqueóloga Reina Durán fundó el Departamento de Antropología adscrito a la Gobernación del estado Táchira, realizando investigaciones arqueológicas a partir de 1977 en la porción tachirense del Sur del Lago de Maracaibo (Durán, 1998). Ambas instituciones, tanto la de Mérida como la del Táchira, se van a consolidar hacia los años ochenta del siglo XX, en el caso del Museo merideño, bajo la gestión de Jacqueline Clarac, el mismo fue reconocido por el Consejo Universitario de la Universidad de Los Andes como una dependencia universitaria, asignándole el nombre de Museo Arqueológico Gonzalo Rincón Gutiérrez de la Universidad de Los Andes; y en el caso del Táchira, se fundó el Museo del Táchira como una institución especializada en la labor arqueológica. De igual manera, a comienzos de los años ochenta, José María Cruxent fundó en Coro, estado Falcón el Museo de Cerámica Histórica y Loza Popular como una institución adscrita al Centro de Investigaciones Antropológicas, Arqueológicas y Paleontológicas (CIAAP) de la Universidad Nacional Experimental Francisco de Miranda.

En perspectiva histórica, la década de los ochenta del siglo XX fue de mucha importancia para la arqueología en nuestro país. En esta década, por ejemplo, se crea la Escuela de Antropología de la UCV a partir de una separación de los estudios antropológicos de la Escuela de Sociología de la misma universidad y se concreta en Venezuela –y en Latinoamérica en general– la Arqueología Social Latinoamericana. También para esta década se consolidan e institucionalizan los centros de investigación arqueológica de Quíbor, Táchira y Mérida y se ponen en funcionamiento hacia el oriente venezolano el Departamento de Antropología de la Dirección de Cultura del estado Sucre, dirigido por el arqueólogo Luis Adonis Romero y el Centro de Investigaciones Arqueológicas del Ateneo de Carúpano, dirigido por el arqueólogo

Ricardo Mata (Mata, 2001). De igual forma, se crean dos instituciones con vida efímera en la arqueología venezolana: el Programa de Arqueología de Rescate de CORPOZULIA-Universidad del Zulia en el estado Zulia, dirigido Víctor Núñez Regueiro y Marta Tartusi y el Museo del Hombre en la Universidad Central de Venezuela, dirigido por Mario Sanoja e Iraidá Vargas (Vargas y Sanoja, 1992), ambas instituciones habían dejado de funcionar para los años noventa, por cuestiones político-económicas.

Para este período que estamos tratando, los/as seguidores/as de la arqueología del “Buen Vecino” y de la Arqueología Social Latinoamericana se van a mantener muy activos e inclusive van a coincidir en la necesidad de crear una organización para agrupar a todos/as los/as arqueólogos/as que laboraban en el país para ese entonces, con la finalidad de trabajar, entre otras cosas, en la conservación de los sitios arqueológicos que venían siendo saqueados y destruidos, tal como se había denunciado de manera contundente en el VII Congreso Internacional para el estudio de las culturas precolombinas de las Pequeñas Antillas, celebrado en Caracas en el año de 1977. De esta manera, nace para mediados del año 1981 la Asociación Venezolana de Arqueología (AVA), acreditada como Asociación Corresponsal de AsoVAC (Wagner, 1982). Sin embargo, por diferencias creadas por la incorporación de diletantes –aficionados que de alguna manera contribuían a la destrucción de los sitios arqueológicos– a dicha Asociación y por divergencias relacionadas con las posiciones teóricas existentes para ese entonces en la arqueología venezolana, surge en el año de 1982, la Sociedad Venezolana de Arqueólogos (SOVAR), asociada al Colegio de Sociólogos y Antropólogos de Venezuela que para esa época funcionaba.

Tanto SOVAR como AVA van a tener una amplia actividad académica y de formación de sus asociados/as hasta su desaparición a comienzos de los años noventa del siglo XX. Ambas van a editar sus respectivos boletines donde se publicaron diversos trabajos de corte arqueológico. SOVAR editó a *Gens* y AVA publicó

su *Boletín*. Aparte de *Gens* y del *Boletín de AVA*, para la década de los años ochenta existían en Venezuela diversas revistas dedicadas a la publicación de investigaciones realizadas en el país por instituciones dedicadas a la labor arqueológica. Entre ellas podemos mencionar a *Quiboreña*, editada por el Museo Arqueológico de Quíbor; el *Boletín del Programa de Arqueología de Rescate*, editado por el Programa de Arqueología de Rescate de CORPOZULIA; el *Boletín del Departamento de Antropología* del estado Táchira y el *Boletín Antropológico*, editado por el Museo Arqueológico de la Universidad de Los Andes.

Producto del impacto que había tenido la Arqueología Social Latinoamericana, tendencia que tenía entre sus propulsores/as a la venezolana Iraida Vargas y al venezolano Mario Sanoja, Venezuela para los años ochenta se encontraba en el centro del debate de la arqueología mundial, situación que favoreció a Venezuela para que fuera sede en el año de 1987 de la Tercera Conferencia Internacional para el rescate arqueológico en el Nuevo Mundo, celebrada en Carúpano, estado Sucre y a comienzos de los años noventa se reconvirtiera en sede del Segundo Congreso Mundial de Arqueología (WAC), ambos eventos presididos por el profesor Mario Sanoja.

Hacia la década de los noventa el quehacer arqueológico venezolano entra en una etapa de reflujo debido a la desaparición de las organizaciones que agrupaban a los/as arqueólogos/as venezolanos/as, a que dejaron de circular las revistas que publicaban SOVAR y AVA, al cierre del Programa de Arqueología de Rescate de CORPOZULIA-LUZ, al declive de la labor investigativa de campo de parte de las instituciones existentes en el Oriente venezolano y al surgimiento, en el medio de la aplicación de políticas neoliberales en el país, de la llamada arqueología de contrato promovida por el recién fundado, para ese entonces, Instituto de Patrimonio Cultural.

La actividad arqueológica a finales de los noventa, se va a seguir realizando desde la Escuela de Antropología de la UCV, el Departamento de Antropología del IVIC y con una actividad bastante considerable desde el Museo Arqueológico de Quíbor, el Museo del Táchira y el Museo Arqueológico Gonzalo Rincón Gutiérrez de la Universidad de Los Andes.

Ahora bien, desde que se iniciaron los estudios arqueológicos en Venezuela se ha cabalgado con la cuestión de las colecciones arqueológicas que se constituyeron a partir de las investigaciones arqueológicas realizadas en territorio venezolano y la tarea de los diletantes, por cierto muy vinculada con la destrucción de los contextos arqueológicos, o lo que es lo mismo, con la destrucción del patrimonio arqueológico venezolano. Hoy nos preguntamos ¿dónde están y para qué sirven las colecciones arqueológicas que se han formado en estos cien años de arqueología venezolana? ¿Cuál es la utilidad social de los objetos y sitios arqueológicos que nos legaron los pueblos que nos antecedieron?

5. Situación y el uso social de las colecciones arqueológicas venezolanas

La situación y el uso social de las colecciones arqueológicas en Venezuela ha sido de alguna manera un debate aún sin concluir que ha estado presente en la historia de la arqueología venezolana. Para los efectos del debate entendemos que las colecciones arqueológicas están constituidas por evidencias cerámicas –completas o semicompletas–, líticas, muestras de suelo, restos de faunas y vegetales y, restos óseos humanos, entre otros tantos posibles.

Discutir la cuestión de las colecciones arqueológicas adquiere relevancia en la actualidad, debido a que existen diferentes instituciones venezolanas y extranjeras –públicas y privadas– y coleccionistas privados que han estructurado colecciones en el devenir del tiempo, desconociéndose las cualidades y cantidades de dichas colecciones y más aun cuando en Venezuela no existen

museos de historia que utilicen dichas colecciones para que sirvan de soporte a los procesos pedagógicos de instituciones educativas y comunitarias. En fin históricamente hacia las colecciones arqueológicas no se han diseñado políticas específicas que permitan dar a conocer y darle utilidad social en los términos de las grandes mayorías del país.

La *Resolución* de Caracas redactada por Iraida Vargas, Mario Sanoja, Erika Wagner y Marcio Veloz Maggiolo, entre otros/as, en el contexto del VII Congreso Internacional para el estudio de las culturas precolombinas de las Pequeñas Antillas, celebrado en los años setenta del siglo XX, en el complejo de Parque Central en Caracas, recomendaba a los gobiernos prohibir la venta, la exportación e importación de piezas arqueológicas locales o extranjeras, evitar por medio de medidas especiales la destrucción de sitios arqueológicos y, algo muy importante para la conservación de las colecciones arqueológicas venezolanas, catalogar las piezas arqueológicas de colecciones públicas y privadas. En el caso de las colecciones privadas se pedía que cada dueño se debería convertir en el guardián oficial de las respectivas colecciones y no podía enajenarlas, ni venderlas, además que debería permitir el acceso al público para fines de estudio, exhibición y fotografía (Sanoja y Vargas, 1978). Lamentablemente, a juzgar por la lluvia de denuncias que se divulgaron en los años posteriores en Venezuela, dicha resolución no tuvo aplicación alguna en Venezuela.

La gran mayoría de los/as arqueólogos/as contemporáneos/as venezolanos/as se han preocupado por denunciar la destrucción y el saqueo de los sitios arqueológicos venezolanos y, por lo general, la mayoría han hecho hincapié que la solución de tal problemática pasa por la adecuación de la legislación venezolana a los avances de los estudios arqueológicos en el país, aunque otros/as hemos dejado claro que la solución de tal situación pasa indisolublemente por la elevación de la conciencia histórica de nuestra comunidades en relación a las determinaciones que han

incidido en los procesos sociohistóricos desarrollados por la sociedades que nos antecedieron (Meneses, 1994; Gordones, 1994).

Desde finales de los años setenta, hasta los comienzos de los años noventa del siglo XX, aprovechando los eventos internacionales que se celebraban en Venezuela en ese entonces, diversos/as arqueólogos/as venezolanos/as denunciaron públicamente el saqueo de diversos yacimientos arqueológicos que se encontraban en el territorio venezolano; tal situación no cambió, ni ha cambiado con la existencia desde 1993 del Instituto de Patrimonio Cultural.

Pero es que la cuestión de la conservación de las colecciones arqueológicas no es un tema nuevo en Venezuela, ya desde finales del siglo XIX, con los inicios de las investigaciones arqueológicas en el territorio venezolano existía un amplio debate sobre la necesidad de frenar la fuga de colecciones del territorio venezolano.

Con las excavaciones arqueológicas realizadas por Vicente Marcano en el año de 1887, se logró formar una buena colección de piezas, que por primera vez en la historia venezolana provenían de una excavación arqueológica. Eran tiempos donde ya Adolfo Ernst había fundado hacia el año de 1871 el Museo Nacional en la Universidad Central de Venezuela, como un espacio donde se mostrarían las evidencias materiales –etnográficas y arqueológicas– que sustentaban la historia patria.

Entre Ernst y Vicente Marcano se desata un debate sobre el destino de las colecciones arqueológicas que resultaron de las investigaciones de campo que realizó el último. Comentaba Ernst en 1888, en una carta dirigida a su discípulo Lisandro Alvarado, la tristeza que sentía al comprobar que luego de la gran cantidad de dinero público gastado por el gobierno del General Guzmán Blanco en las investigaciones de Marcano para formar colecciones arqueológicas y etnográficas, todas fueron a enriquecer el Museo particular de Gaspar Marcano en París, sin que el Museo Nacional de Caracas haya recibido ni una sola flecha (Pérez, 1983).

Si bien es cierto que las colecciones resultantes de las investigaciones de Vicente Marcano no fueron a parar a la colección privada de su hermano Gaspar, un número de 507 piezas arqueológicas venezolanas fueron entregadas por Gaspar Marcano a la Sociedad de Antropología de París (Pérez, 1983). Paradójicamente por medio de Guzmán Blanco, Gaspar Marcano donó unas piezas arqueológicas egipcias y dos cráneos franceses modernos al Museo Nacional dirigido por Ernst (Ernst, 1987g).

La colección inicial del Museo Nacional regentado por Ernst se fue armando en la década de los ochenta del siglo XIX por diversas donaciones realizadas por venezolanos y extranjeros. Apenas habían pasado dos años de la fundación del Museo Nacional y ya contaba con 200 números en la colección etnográfica y 240 registros de piezas arqueológicas (Ernst, 1987g).

Producto del debate de Ernst y Marcano sobre las colecciones arqueológicas, Lisandro Alvarado en su *Etnografía Patria*, publicada por primera vez en el año de 1907 en el *Cojo Ilustrado*, nos decía para ese entonces que era necesario iniciar:

Un plan de exploraciones y excavaciones en los lugares más adecuados de la República es imposible realizar sin la protección del Gobierno Nacional; y es tanto más conveniente esta protección, cuanto que casi todo el material que podría enriquecer nuestro museo etnográfico va pasando poco a poco a formar parte de las espléndidas colecciones esparcidas por Europa... (Alvarado, 1989a:441).

Es que para la fecha en que Alvarado escribía su *Etnografía Patria* seguían saliendo colecciones arqueológicas (históricas) para Europa; un ejemplo de ello fue el envío al Museo Etnológico de Berlín de la colección que armó Alfredo Jahn en el año de 1903 con las excavaciones que realizó, por encargo de dicho Museo, en La Mata y Camburito en la cuenca del Lago de Valencia (Jahn, 1932).

En un informe realizado para el Ministerio de Instrucción Pública, Christian F. Witzke, Director en el año de 1908 del Museo Nacional, exponía que por problemas de seguridad de las vitrinas de dicho Museo, muchas piezas valiosas se había extraviado (Díaz, 2006). Sin embargo, hasta el mismo Witzke, fundador con Julio César Salas y Luis Oramas, entre otros, de la *Sociedad de Americanistas de Estudios Libres* y de la *Revista De Re Indica*, había vendido su colección arqueológica a Theodoor de Booy, enviado por el Museo Nacional del Indígena Americano de la Fundación Heye, perteneciente al Instituto Smithsonian de los Estados Unidos, (Oramas, 1917).

Con el advenimiento de la arqueología del Buen Vecino hacia los años treinta del siglo XX, el drama de las colecciones arqueológicas se va a profundizar, con la diferencia que las principales colecciones en vez de irse para Europa terminan, por el nivel de dependencia de Venezuela con Los Estados Unidos, en instituciones estadounidenses como el Museo Americano de Historia Natural, el Smithsonian Institution, el Museo de Arqueología y Etnología Americana de la Universidad de Harvard, la Universidad de Yale y la Universidad de California (Nomland, 1935; Bennett, 1937; Petruzzo, 1939; Kidder II, 1944 y Osgood y Howard, 1943).

El Museo Americano de Historia Natural de Nueva York tiene en posesión, dentro su colección, piezas arqueológicas (históricas) de toda Venezuela (Kidder II, 1944); además, tiene en sus depósitos las piezas colectadas en las excavaciones arqueológicas que realizó en La Mata, hacia el año de 1932, Wendell Bennett. Dicho Museo ya tenía en su haber una colección del mismo lugar que le habían comprado a Luis Gerónimo Martínez, entre los años de 1916 y 1918 (Osgood, 1943).

De igual manera, la Universidad de Harvard tiene en el Museo de Arqueología y Etnología Americana los materiales arqueológicos (históricos) reunidos en las excavaciones realizadas

por Alfred Kidder II en los años treinta del siglo XX, en la cuenca del Lago de Valencia y Boconó, estado Trujillo (Kidder II, 1944), y la Universidad de Yale mantiene en posesión colecciones arqueológicas de todo el país, colectadas en las investigaciones de campo realizadas por Cornelius Osgood y George Howard en la década de los treinta y los primeros años de la década de los cuarenta del siglo XX (Osgood y Howard, 1943).

En los años cuarenta del siglo XX, Osgood y Howard enviaron al Museo de Ciencias Naturales de Caracas un número interesante de piezas arqueológicas (históricas) obtenidas por ellos en el *survey* arqueológico que realizaron en Venezuela a comienzos de los años 40 del siglo veinte (Díaz, 2006); sin embargo, a juzgar por las publicaciones realizadas y por la información existente en el catálogo online del Yale Peabody Museum, nos damos cuenta que, tanto Osgood como Howard, no entregaron a la institución caraqueña todas las piezas obtenidas en dichas investigaciones (Osgood y Howard, 1943).

Una situación un tanto diferente se planteó con las colecciones arqueológicas estructuradas con las investigaciones arqueológicas adelantadas por Luis Oramas y Rafael Requena en la cuenca del Lago de Valencia. La colección Oramas fue comprada por el Estado venezolano para enriquecer el acervo patrimonial del Museo de Ciencias (Díaz, 2006), y la colección de Requena desembocó en la Fundación del Museo de Prehistoria de Maracay, que según el propio Requena contaba con más de tres mil registros (Requena, 1932a) y luego traspasada en buena parte de la colección arqueológica del Museo de Prehistoria de Requena, cerca de dos mil piezas, pasaron a formar parte del Museo de Ciencias de Caracas en el año de 1949 (Díaz, 2006).

Sabemos por diversas publicaciones realizadas en los primeros años del siglo XX que Mario Briceño Iragorri, Tulio Febres Cordero, Julio César Salas, Emilio Menotti Spósito, Luis Oramas, Alfredo Jahn y Almícar Fonseca (Kidder II, 1944; Fonseca, 1955),

tenían en su haber colecciones de piezas arqueológicas (históricas). Hoy en día sabemos que las colecciones de Briceño Iragorri y Oramas encontraron destino en el Museo de Ciencias de Caracas. De igual forma, la colección de Menotti Spósito se encuentra en el Museo Arqueológico Gonzalo Rincón Gutiérrez de la Universidad de Los Andes y la colección de Tulio Febres Cordero se encuentra en guarda y custodia en la Biblioteca Tulio Febres Cordero de la ciudad de Mérida.

Con las investigaciones arqueológicas desarrolladas en Venezuela por Walter Dupouy, Antonio Requena y José María Crucent, la colección del Museo de Ciencias Naturales de Caracas vio aumentar sus números de registros de manera importante a partir de los años cuarenta hasta los años sesenta del siglo XX.

De igual forma, con los trabajos de campo realizados por el Hermano Esteban Basilio en el Valle de Carora, estado Lara, hacia los años cincuenta del siglo XX, se constituyó la colección arqueológica del Instituto La Salle de Barquisimeto, hoy en custodia del Museo de Barquisimeto en el estado Lara (Basilio 1959; Boulton, 1978). Situación similar se presentó en el devenir del tiempo con la fundación de la Escuela de Sociología y Antropología de la UCV y el Departamento de Antropología del IVIC que con el avance de las investigaciones realizadas en territorio venezolano por sus investigadores/as y estudiantes tesis, organizaron diversas colecciones arqueológicas importantes que muestran la complejidad histórica y social de las sociedades que nos antecedieron.

Esta novedosa situación presente en la realidad venezolana a partir de los años cuarenta y cincuenta, también aplica a los centros y programas de investigación y museos que se fundaron en Venezuela a partir de la década de los sesenta hasta los noventa del siglo XX, tales como: el Museo de Valencia y Maracay; el Museo Arqueológico de Quíbor; el Museo Arqueológico de la Universidad de Los Andes; el Museo del Táchira; el Programa de Arqueología de Rescate de CORPOZULIA-LUZ; el Museo de

Carúpano, estado Sucre; la Universidad Nacional Experimental Francisco de Miranda de Coro; los proyectos de arqueología de rescate impulsados por la Corporación Venezolana de Guayana (CVG); las investigaciones arqueológicas desarrolladas en Los Roques por la Fundación Los Roques, cuyas colecciones se encuentran hoy depositadas en la Unidad de Estudios Arqueológicos del Instituto de Estudios Regionales y Urbanos de la Universidad Simón Bolívar; y los programas de arqueología de rescate auspiciados por el Instituto de Patrimonio Cultural (IPC), cuyas colecciones arqueológicas resultantes se encuentran depositadas en dicho Instituto.

Llegado a este punto, nos preguntamos ¿Quiénes en la actualidad conocen las colecciones arqueológicas constituidas a partir de las investigaciones realizadas en el país en estos últimos cien años? y ¿Para qué han servido dichas colecciones? Realmente podríamos decir que la conocen parcialmente los/as investigadores/as dedicados/as a la arqueología en Venezuela que han leído las publicaciones hecha por los/as colegas. Las colecciones han servido, a nuestra manera de ver, para documentar los libros y los artículos realizados por los/as investigadores/as y para fortalecer programas museológicos-educativos impulsados por algunos museos, tales como el del Táchira, Quíbor y de la Universidad de Los Andes y para engrosar las colecciones de Universidades y museos ubicados en el exterior.

Para poner dos ejemplos emblemáticos de la arqueología venezolana contemporánea. El primero está relacionado con La Universidad del Zulia, institución que financió por medio del CONDES-LUZ una investigación arqueológica al profesor Ruperto Hurtado en los años ochenta en la población de Mecocal, hoy no se conoce el paradero de la colección arqueológica obtenida en dicha investigación que sirvió para desarrollar el modelo interpretativo de la Fase Mecocal de la Costa Oriental del Lago de Maracaibo (Hurtado, 1984). El segundo ejemplo, lo tenemos con

la colección arqueológica que se armó con la implementación en los años ochenta del siglo XX del Programa de Arqueología de Rescate de CORPOZULIA-LUZ; lamentablemente en la actualidad ni siquiera los/as zulianos/as conocen la existencia de dicha colección que está en manos de CORPOZULIA y en el plano general no se conocen las condiciones y la integridad física de dicha colección.

El conocimiento y la conservación de las colecciones arqueológicas en Venezuela ha estado detreminado por cuatros aspectos fundamentales:

1. La concepción teórica que ha promovido el Estado venezolano y los entes privados que han hecho de nuestras colecciones arqueológicas un número indeterminado de “objetos-obras de arte”, vacíos de contenidos históricos y sociales.
2. Como consecuencia de lo anterior contamos con una legislación que considera a lo arqueológico como una ciencia que estudia los restos de la cultura material –objetos– dejados por las sociedades que nos antecedieron.
3. La “transferencia” ilícita –saqueo– hacia los países del norte, fundamentalmente Francia, Alemania y los Estados Unidos, de importantes colecciones que se estructuraron a partir de investigaciones arqueológicas realizadas por investigadores/as venezolanos y extranjeros/as y por diletantes que vendieron sus colecciones a instituciones extranjeras.
4. La ausencia de las comunidades en todo el proceso de conocimiento y conservación de las colecciones que se derivan de las investigaciones arqueológicas desarrolladas en el país.

Indudablemente que estos aspectos se encuentran estrechamente vinculados entre sí, no podríamos hablar de uno sin dejar de hacer consideraciones sobre los otros. Los mismos se encuen-

tran condicionados a como se ha concebido la arqueología en Venezuela. A partir de la implantación de la arqueología del Buen Vecino en los años treinta del siglo XX, para las instituciones públicas y privadas, y para las comunidades, la arqueología es vista como una especialidad dedicada al estudio de los restos materiales –objetos– de las sociedades prehispánicas que se pueden encontrar en el territorio venezolano. Para los/as seguidores/as de esta tendencia, la arqueología no estudia los procesos históricos, la arqueología estudia la cultura, en tanto a cultura, la mayoría de las veces es homologada con las bellas artes, punto este donde radica fundamentalmente el problema del conocimiento y conservación de las colecciones arqueológicas como parte primordial de los procesos históricos-sociales de las sociedades que nos antecedieron en el territorio que hoy forma parte de la República Bolivariana de Venezuela.

Un ejemplo típico de esta situación lo tenemos en las muestras de suelos que han sido extraídas en investigaciones arqueológicas. Estas muestras nos pueden dar luces, entre otros aspectos, de las dietas, usos de los espacios domésticos, plantas cultivadas y la flora, en fin nos pueden dar evidencias de la vida cotidiana de los pueblos que nos antecedieron; sin embargo, en ningún inventario patrimonial de colecciones arqueológicas en Venezuela, y sin temor equivocarnos del mundo, se conservan las muestras de suelo con fines patrimoniales una vez que los/as arqueólogos/as hayan realizado sus labores investigativas.

De esta realidad esbozada deviene indudablemente la noción de “bien cultural”, concepto profundamente aceptado y difundido cuando entablamos discusiones sobre la cuestión patrimonial. Escribía Hugues de Varine, hacia los años ochenta del siglo XX que el fenómeno primordial –el que condiciona todos los demás– era la aparición del concepto de bien o propiedad cultural. Decía que era paradójico que a partir del momento en que esos bienes se despojan de su propósito intrínseco, perdiendo su utili-

dad funcional primaria, son llamados bienes culturales a condición que se les juzgue merecedor de ser conservados y admirados por su belleza y por lo raro o escaso del llamado bien cultural (Varine de, 1983). Este es el puesto que se la ha asignado a las colecciones arqueológicas en una Venezuela –y en un mundo– donde la forma de propiedad capitalista es la fundamental, mientras más antiguo y más raro es el testimonio objetual del pasado, la valorización intelectual y económica del llamado “bien patrimonial” adquiere mayor relevancia.

En relación a la “transferencia” ilícita –forma de saqueo patrimonial– de importantes colecciones arqueológicas constituidas a partir de investigaciones de campo realizadas por investigadores/as venezolanos/as y extranjeros/as hacia países del norte, que es otro de los puntos tratado, el problema es aun mayor debido a que no ha existido nunca una política de Estado para la repatriación de dichas colecciones.

El saqueo del patrimonio –transferencia ilícita– se ha hecho de diversos modos, de forma violenta por medio de las guerras y de manera “pacífica” a través de las investigaciones científicas. Ambos casos se encuentran estrechamente relacionados con los procesos de colonización y con la colonialidad del poder (Quijano, 2007; Mignolo, 2003), en el sentido de los procesos de dominación-explotación y todos aquellos mecanismos académicos y culturales, en fin ideológicos, que producen y reproducen los mecanismos de sujeción colonial que son los que definitivamente han perpetuado la dominación imperialista sobre nuestros pueblos.

En el contexto de esta discusión, es bien interesante recordar aquí que a finales del siglo XVIII un venezolano como Francisco de Miranda entabló con Antoine Quatremère de Quincy un intercambio de correspondencias donde discutían, hacia el año de 1796, lo nocivo del desplazamiento de monumentos de arte y el desmembramiento de escuelas y museos de Italia por parte del

ejército napoleónico en provecho de la República francesa (Quatremère de Quincy, 1998). Quatremère de Quincy le ponía como ejemplo a Miranda lo que decía el historiador griego Polibio, que planteaba la equivocación de los romanos al transportar a Roma los cuadros y las estatuas de las ciudades conquistadas, aspirando dicho historiador que los conquistadores del futuro aprendieran de sus reflexiones a no despojar las ciudades que sometan y a no hacer de las calamidades del prójimo el adorno de su patria (Quatremère de Quincy, 1998).

A partir de de 1791 Francia promovió y desarrolló como política de Estado, producto de las propuestas de la Sociedad Popular y Republicana de la Artes y en nombre de la “libertad” y del “bien de la humanidad”, el saqueo del patrimonio histórico y cultural de los países que estaba invadiendo para ese entonces, Italia, Bélgica y el Norte de África. Según Pommier, los dominios de la Francia de finales del siglo XVIII, legitimados por un discurso de lo “universal” y de la “libertad”, no se tradujo solamente en anexiones territoriales y en la creación de Estados vasallos, sino en una política sistemática de saqueo cultural que desembocó en el fortalecimiento de las colecciones del Museo Nacional de las Artes, hoy el Museo del Louvre (Pommier, 1998). Es importante traer aquí en el contexto de la discusión que las luchas imperiales entre Francia e Inglaterra llevó a Napoleón Bonaparte a iniciar la invasión a Egipto para cortar la ruta inglesa hacia la India, momento histórico que Pierre-Francois Bouchard, integrante del ejército francés, en el año de 1799, “encontró” en una excavación en la población egipcia de Rashid la llamada –en lengua francesa– Piedra de la Rosetta que posteriormente fue enviada al Museo Británico de Londres debido al triunfo británico sobre los franceses.

Pero es que no solamente el imperio romano y el francés saquearon las obras de artes y las estatuas de los países conquistados, España en América devastó templos y piezas de orfebrería de los pueblos conquistados de nuestro continente para transformar-

los en lingotes de oro. Inglaterra devastó los sitios arqueológicos de Egipto. Alemania saqueó las obras de arte de los países europeos invadidos durante la segunda guerra mundial y la Unión Soviética expolió las obras de artes que se encontraban en Berlín en las postrimerías de la segunda guerra mundial. Recientemente los Estados Unidos en su invasión a Irak saquearon los museos y bibliotecas de Bagdad. En fin se trata de algunos ejemplos violentos, asociados a procesos de conquista y colonización, donde se ha expoliado el patrimonio cultural de las naciones vencidas por parte de potencias imperiales con la finalidad de aniquilarlas culturalmente y continuar por otras vías el coloniaje (Meneses et al, 2007).

Precisamente en el contexto de las luchas de liberación-descolonización llevadas adelante por los llamados países del tercer mundo en las décadas de los sesenta y los setenta del siglo XX, se firma en París en el año de 1970 la convención sobre las medidas que deben adoptarse para prohibir e impedir, la importación, la exportación y la transferencia de propiedad ilícita de bienes culturales, que buscaba la devolución del patrimonio cultural expropiados por los países imperiales durante la época colonial (UNESCO, 1986); sin embargo, aunque se ha logrado la liberación de muchos países colonizados, las grandes potencias coloniales se resisten a devolver a las regiones de origen los bienes culturales expoliados durante la conquista y colonización (Shaw, 1986).

Pero en el caso nuestro, el venezolano, el saqueo patrimonial por parte de potencias extranjeras (Estados Unidos, Francia y Alemania) no se ha hecho por la vía de la guerra, tal como lo hemos visto en líneas anteriores. El saqueo por potencias extranjeras del patrimonio arqueológico venezolano –que es lo que nos interesa para los efectos de este trabajo– se ha realizado de manera camuflajeada bajo el manto de las “investigaciones científicas”. Esta afirmación la hacemos basados en la convención de la UNESCO, firmada en París en el año de 1970 para tomar medidas

que prohíban e impidan, la importación, la exportación y la transferencia de propiedad ilícita de bienes culturales y el convenio de UNIDROIT sobre los bienes culturales robados o exportados ilícitamente, redactado en Italia en el mes de junio de 1995 y en donde Venezuela participó como Estado observador (Renfrew, 2000; UNESCO, 2006).

En la convención de la UNESCO mencionada y el Convenio de UNIDROIT, por cierto no suscritos y ratificados por Venezuela, se especifican las competencias sobre los bienes que se desprenden de las excavaciones arqueológicas ordinarias y clandestinas relacionadas con la importación y exportación lícita e ilícita y se considera, en el caso del convenio de la UNIDROIT que un bien arqueológico robado es aquel que ha sido obtenido de una excavación ilícita, o de una excavación lícita pero conservado ilícitamente. También se considera ilícita la exportación de un bien cultural con fines de exposición, investigación o restauración que no haya sido devuelto de conformidad al país de origen.

Sabemos por la historia de la arqueología venezolana que hemos resumido en este trabajo que importantes colecciones arqueológicas se encuentran en instituciones estadounidenses tales como el Yale Peabody Museum de la Universidad de Yale, el Peabody Museum of Archaeology and Ethnology de la Universidad de Harvard, el Museo Nacional del Indio Americano del Instituto Smitshoniano, el Museo Nacional de Historia Natural de Nueva York; alemanas como el Museo Etnográfico de Berlín y, francesas como en recién fundado Museo del Quai Branly de París que sustituyó al Museo del Hombre.

Solamente, para poner un ejemplo de esta realidad, en el Yale Peabody Museum de la Universidad de Yale, institución a la cual pertenecían Cornelius Osgood, George Howard, Irving Rouse y Patrick Gallagher, según su catálogo que se localiza en Internet, se encuentran 35.224 registros arqueológicos correspondientes a pie-

zas venezolanas extraídas de nuestro país bajo el pretexto de la investigación arqueológica científica (Yale Peabody Museum, 2006).

Esta realidad se fue configurando en el devenir del tiempo debido a la ausencia de las comunidades organizadas en aquellos sitios donde se realizaron las excavaciones arqueológicas y en la no participación de las mismas en la definición de políticas culturales y museísticas en Venezuela (Meneses, 1994; Gordones, 1994). Evidentemente la no participación de las comunidades en estos procesos, ha estado determinada factores políticos, sociales y culturales presentes desde la fundación misma de la República hasta finales del siglo XX.

A nuestra manera de ver, uno de los factores más importante y determinante fue el forjamiento de una nueva identidad social colectiva con la situación histórica y geográfica planteada en Venezuela a partir del 1830 a raíz de nuestra separación de la Gran Colombia, que trajo como consecuencia que se realizara un amplio debate público sobre el conocimiento, la enseñanza y la difusión de nuestra historia (Harwich, 1988).

En los medios educativos y políticos, la concepción de pueblos con historia y pueblos sin historia, lo que es lo mismo: prehistoria e historia se impuso y se tradujo en que todos los procesos desarrollados antes de la invasión europea-española eran prehistóricos debido a la carencia, entre otras cosas, de la escritura; y los procesos iniciados por los colonizadores europeos, eran históricos gracias a que los “civilizadores” “introdujeron” en nuestros territorios, entre otras cosas, la escritura.

En este contexto, los textos de Indias como los de Juan de Castellanos, *Elegías de Varones Ilustres de Indias*, editada por segunda vez en el año de 1847 (Pardo, 1991) y de José de Oviedo y Baños, “*Historia de la conquista y población de la provincia de Venezuela*, reimpresa en Caracas en el año de 1824 (Oviedo y Baños, 1982), y los libros: *Resumen de la historia de Venezuela* de Rafael María Baralt, publicado en 1841 y el *Resumen de la*

geografía de Venezuela de Agustín Codazzi, también de 1841 (1940), sirvieron, hacia mediados del siglo XIX, y pudiéramos decir buena parte del XX, de base para el conocimiento y la divulgación de la historia de Venezuela y por ende para la construcción de un imaginario colectivo que le dio continuidad, por medios no militares y políticos administrativos, al imaginario impuesto por la dominación colonial europea en un primer momento y luego estadounidense (Borja, 2002; Quijano, 2007, Mignolo, 2003).

Es así como las descripciones destacadas en los textos de Indias, transformados en “crónicas” y fuentes para el conocimiento de nuestra historia por la historiografía del siglo XIX, de indios inhumanos e idólatras, negros no civilizados y misioneros y ejércitos civilizadores, contribuyeron al triunfo de un imaginario colectivo que se instauró con la conquista y la colonización de América que reforzaba la superioridad de los/as europeos/as y la población blanca criolla y la inferioridad de los pueblos indios, mestizos y mulatos de Venezuela.

En el despliegue mundial del pensamiento capitalista moderno, también fueron naturalizadas las identidades sociales colectivas, clasificando socialmente a las comunidades y a los pueblos del mundo en indios y razas (Quijano, 2007). En el caso de América, exceptuando quizás a los aztecas, incas, chibchas y mayas, todos los demás pueblos originarios del llamado Nuevo Mundo quedaron reducidos a la categoría de indio, categoría que nos remite ineludiblemente a dos condiciones históricas que se han hecho recurrentes en nuestro mundo: la condición racial y a la condición colonial (Bonfil, 1972; Quijano, 2007).

La raza como categoría de clasificación social fue una invención asociada con el nacimiento de América (Quijano, 2007) y en lo político otorgó legitimación a las relaciones de dominación colonial que continuaron con la fundación de la República, en los términos de la definición de hombres y mujeres superiores –por ejemplo, los/as de sangre pura– y hombres y mujeres inferiores,

por ejemplo, indios, negros, mulatos y zambos. Como razas, Indios, Negros, Zambos y Mulatos se constituyeron para América, y en Venezuela en particular, en identidades sociales homogenizadas que aglutinaron conglomerados humanos jerarquizados con distintos roles y puestos en la sociedad.

Para la oligarquía criolla del siglo XIX, y la del presente también, incorporar a Venezuela a la modernidad significaba igualarnos en lo formal a Europa, por lo tanto, era importante seguir legitimando el papel “civilizador del europeo”, y aunque las llamadas razas mezcladas o mixtas eran las mayorías del país, los intelectuales orgánicos de la época, siguiendo la filosofía de la conquista (Zavala, 2005) denigraron e invisibilizaron a los/as afrodescendientes (mulatos), resaltaron los aportes de los blancos criollos para orientar al país por los senderos de la civilización, y le dieron importancia al estudio del pasado indígena, en tanto que ese pasado, no el presente indígena, era considerado para la comprensión de nuestra historia un estadio social y cultural exento de toda mezcla (Vargas, 2005 y 2007).

Una vez legitimados ideológicamente e históricamente los blancos criollos como raza superior, operó en lo práctico la no participación de las grandes mayorías del país en asuntos estratégicos de definición de políticas de Estado, delegando –democracia representativa– precisamente en esa minoría oligárquica –la blanca criolla– asuntos de trascendencia como el que estamos tratando en este trabajo.

Sin embargo, a mediados de los años ochenta del siglo XX, las grandes mayorías del país profundizaron la organización y movilización política por la conquista reivindicaciones económicas, sociales y por espacios de participación para la definición de políticas estratégicas del Estado, organizaciones y movilizaciones (rebeliones), reprimidas de manera brutal (allanamientos, desapariciones forzadas, muertos y presos políticos con juicios miliares,

entre otras consecuencias) por la burguesía venezolana y sus operadores políticos de ese entonces.

Las luchas populares crearon las condiciones para que en Venezuela, a finales de los años 90 del siglo XX, bajo el mandato de Hugo Chávez Frías, se convocara una Asamblea Constituyente con la finalidad de redactar una nueva Constitución de la República, que entre otras cosas, consagrara la democracia protagónica en re-empleazo de la democracia representativa burguesa. Dicha constitución fue aprobada en referendo nacional a finales de 1999, abriendo el paso, por medio de la organización en Consejos Comunales, a la participación comunitaria en cuestiones trascendentales del Estado.

De esta manera, es importante destacar el papel que vienen jugando algunos Consejos Comunales en la elaboración de proyectos relacionados con la restitución, resguardo y conservación del patrimonio arqueológico venezolano. Un ejemplo de esta realidad lo tenemos en el Consejo Comunal de Los Roques que busca según sus propias palabras:

“Recuperar nuestro patrimonio histórico: Más de 300 estatuillas fueron sacadas del archipiélago, sin dejar constancia o participación a los pobladores del hallazgo. “Museo de los Roques” Se recuperaran algunas de las piezas o al menos copias, se expondrán los árboles genealógicos de las dos familias mas importantes de los roques con fotos, se expondrán la foto de los pescadores mas viejos con una leyenda, se expondrá la formación geológica de el archipiélago a través de maquetas, contaremos con videos, sonido, muestras momificadas o conservadas de animales marinos, se dividirá en varias zonas, pobladores, fauna, flora, arqueología, historia, etc.” (Consejo Comunal de Los Roques, 2007).

Llegado a este punto es importante trabajar en función de darle utilidad social a las colecciones arqueológicas que se han constituido, como lo hemos evidenciado en este trabajo, en el devenir del tiempo. Para alcanzar tal fin, se hace necesario

conceptualizar que las colecciones arqueológicas son las expresiones fenoménicas de los procesos históricos promovidos por las comunidades que nos antecedieron en el territorio que hoy ocupamos, partiendo de esta premisa, se haría necesario iniciar entonces un plan de ordenamiento para darle coherencia a todo este material histórico que permita dar a conocer por medio de una Red de Museos de Historia las complejidades sociohistóricas impulsadas por los grupos humanos organizados que nos precedieron en los territorios que hoy forman parte de la geografía de la República Bolivariana de Venezuela.

De esta manera, se hace necesario trazar una política de Estado que contemple:

1. La incorporación y participación de los Consejos Comunales e instituciones públicas especializadas del Estado, que son guarda y custodia de las colecciones arqueológicas (Universidades, CORPOZULIA, CVG y Museos), en la construcción de una Red Nacional de Museos de Historia de Venezuela que abarque lo nacional, lo regional y lo local.
2. Como parte de esta política de Estado se debe iniciar de manera inmediata un proceso de repatriación hacia nuestro país y restitución hacia las regiones de las colecciones arqueológicas que se han constituido en Venezuela. Para iniciar la repatriación de las colecciones arqueológicas que se encuentran en el exterior, se hace necesario que el Estado venezolano suscriba la convención de la UNESCO sobre la prohibición de la importación, la exportación y la transferencia de bienes culturales y el convenio de UNIDROIT sobre los bienes culturales robados o exportados ilícitamente.

En conclusión se trata de crear las condiciones políticas e institucionales que permitan darle utilidad social a las colecciones

arqueológicas venezolanas en el contexto de la creación de la Red Nacional de Museos de Historia con el fin último de combatir la colonialidad y apuntalar la soberanía de nuestra República.

6. Bibliohemerografía

- ACOSTA SAIGNES, Miguel. 1974. "Prólogo". En: Mario Sanoja e Iraida Vargas. *Antiguas formaciones y modos de producción venezolanos. Notas para el estudio de los procesos de integración de la sociedad Venezolana (12.000 a.C.-1900 d.C.)*. Monte Ávila Editores, Caracas.
- ALVARADO, Lisandro. 1904. "Construcciones prehistóricas". En: *La industria*, N° 7, Caracas.
- ALVARADO, Lisandro. 1989a. "Etnografía Patria". En: *Obras Completas*. Tomo II. Fundación La Casa de Bello, Caracas, pp. 422-475.
- ALVARADO, Lisandro. 1989b. "Objetos prehistóricos de Venezuela". En: *Obras Completas*. Tomo II. Fundación La Casa de Bello, Caracas, pp. 480-488.
- BASILIO, Esteban. 1959. *Cerámica de Camay, Estado Lara, Venezuela*. La Salle, Caracas.
- BENNETT, Wendel. 1937. *Excavations at La Mata, Maracay, Venezuela*. Anthropological paper of the American Museum of Natural History, New York City.
- BONFIL, Guillermo. 1972. El concepto de indio en América: Una Categoría de la situación colonial. En: *Anales de Antropología*, Vol. 9, México. pp. 105-124.
- BORJA GÓMEZ, Jaime Humberto. 2002. *Los indios medievales de Fray Pedro de Aguado. Construcción del idólatra y escritura de la historia en una crónica del siglo XVI*. Pontificia Universidad Javeriana, Instituto Colombiano de Antropología e Historia, Bogotá.
- BOULTON, Alfredo. 1978. *El arte en la cerámica aborígen de Venezuela*. Caracas.

- Consejo Comunal de Los Roques. 2007. *Museo de Los Roque*. Disponible en: http://www.consejocomunallosroques.org/index_files/plandesarrollo/index_files/Page485.htm (consulta: 6 de febrero).
- CRUXENT, José María. 1945. "Notas sobre algunos metates y morteros del Museo de Ciencias Naturales (Caracas)". En: *Acta Venezolana*. Boletín del Grupo de Caracas de la Sociedad Interamericana de Antropología y Geografía, Tomo I, No. 1, Caracas, Venezuela.
- CRUXENT, José M. y Irving Rouse. 1982. *Arqueología cronológica de Venezuela*. Ernesto Armitano Editor, Caracas.
- DÍAZ, Natalia. 2006. *La documentación de las colecciones arqueológicas del Lago de Valencia: documentación y nueva museología*. Alcaldía de Valencia, Venezuela.
- DUPOUY, Walter. 1952. "La teoría de la H. Venezuela encrucijada de las influencias culturales pre-colombinas". En: *Tierra firme*, Año 1, No. 2, Caracas, pp. 16-17.
- DUPOUY, Walter; Antonio Requena, y J. M Cruxent. 1948. "La estación arqueológica del río Memo, Estado Guárico (Venezuela)". En: *Acta Venezolana*. Boletín del Grupo de Caracas de la Sociedad Interamericana de Antropología y Geografía, Tomo III, Nos. 1-4, Caracas, Venezuela, pp. 29-62.
- DURÁN, Reina. 1998. *La prehistoria del Táchira. Excavaciones arqueológicas*. Museo del Táchira, San Cristóbal, Venezuela.
- EDELCA. 2007. "Rescate Arqueológico". Disponible en: www.edelca.com.ve/ambiental/arqueologico.htm (Consulta: 7 de marzo).
- ÉDOUARD, Pommier de. 1998. "Introducción y notas". En: Quatremère de Quincy, Antoine: *Cartas a Miranda. Sobre el desplazamiento de los monumentos de arte en Italia*. Instituto de Patrimonio Cultural, Caracas.
- ERNST, Adolfo. 1987a. "Misceláneas antropológicas de Venezuela". En: *Obras completas*, Tomo VI, Ediciones de la Presidencia de la República, Caracas, pp. 33-33.
- ERNST, Adolfo. 1987b. "Antigüedades Indias de Venezuela". En: *Obras completas*, Tomo VI, Ediciones de la Presidencia de la República, Caracas, pp. 53-67.

- ERNST, Adolfo. 1987c. "Petroglifos de Venezuela". En: *Obras completas*, Tomo VI, Ediciones de la Presidencia de la República, Caracas, pp. 723-735.
- ERNST, Adolfo. 1987d. "Petroglifos y piedras artificialmente ahuecadas de Venezuela". En: *Obras completas*, Tomo VI, Ediciones de la Presidencia de la República, Caracas, pp. 93-101.
- ERNST, Adolfo. 1987f. "Adquisiciones recientes del Museo Nacional". En: *Obras completas*, Tomo VI, Ediciones de la Presidencia de la República, Caracas, pp. 643-647.
- ERNST, Adolfo. 1987g. "Una nueva hacha de Jade (Nefrita) y las placas sonoras de Venezuela". En: *Obras completas*, Tomo VI, Ediciones de la Presidencia de la República, Caracas, pp. 93-113.
- GALLAGER, Patrick. 1976. *La Pitta: An archaeological series in northwestern Venezuela*. Yale University Publications in Anthropology, No. 66, USA.
- GASSÓN, Rafael y WAGNER, Erika. 1998. "El programa de arqueología del Caribe y su impacto en la arqueología venezolana: antecedentes y consecuencias". En: Emanuele Amodio (Editor). *Historias de la antropología en Venezuela*. Ediciones de la Dirección de Cultura, Universidad del Zulia, Maracaibo.
- GORDONES, Gladys. 1994. "Etnicidad, arqueología y patrimonio. Implicaciones de la destrucción del patrimonio arqueológico en el estudio de la etnicidad". En: *Fermentum*. Revista Venezolana de Sociología y Antropología, No. 10, Universidad de Los Andes, Mérida, pp. 33-39.
- HARWICH, Niñita. 1988. "La génesis de un imaginario colectivo: La enseñanza de la historia de Venezuela en el siglo XIX". En: *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*, No. 282, Caracas.
- Humboldt, Alejandro De (1985). *Viaje a las regiones equinociales del Nuevo Continente*, Tomo Monte Ávila Editores, Caracas.
- HURTADO, Ruperto. 1984. Arqueología del noreste del Lago de Maracaibo. La Fase Mecocal. Centro de Estudios Históricos, Facultad de Humanidades y Educación, Universidad del Zulia. Mimeografiado.
- JAHN, Alfredo. 1932. Los cráneos deformados de los Aborígenes de los Valles de Aragua. Observaciones antropológicas. Trabajo presen-

- tado a la Sociedad Venezolana de Ciencias Naturales. Disponible en: <http://200.2.12.152/cic/ajhdigital/paginas/archivodigital.html> (Consulta: 2 de octubre de 2007).
- JAHN, Alfredo. 1973. *Los aborígenes del occidente de Venezuela*. Monte Ávila Editores, Caracas.
- KIDDER, Alfred II. 1944. *Archaeology of northwestern Venezuela*. Peabody Museum of American Archaeology and Ethnology, Vol. 26, No. 1, Cambridge.
- LARES, Ignacio. 1950. *Etnografía del estado Mérida*. Publicaciones de la Dirección de Cultura de la Universidad de Los Andes, No. 7, Mérida.
- LEWIS, B. R. 1949. "Notas preliminares de una investigación arqueológica". En: *Memorias de la Sociedad de Ciencias Naturales La Salle*. Tomo IX, No. 23, Caracas.
- MARCANO, Gaspar. 1971. *Etnografía precolombina de Venezuela*. Instituto de Antropología e Historia, Facultad de Humanidades y Educación, UCV, Caracas.
- MARCANO, Vicente. 1971. "Resumen de las exploraciones practicadas por la comisión de antropología". En: Gaspar Marcano: *Etnografía precolombina de Venezuela*. Instituto de Antropología e Historia, Facultad de Humanidades y Educación, UCV, Caracas, pp. 349-352.
- MATA, Ricardo. 2001. *Arqueología del siglo XX. Tendencias y autores en la arqueología de América Latina*. Fondo Editorial Tropykos, Caracas.
- MENESES, Lino. 1991. *Arqueología y realidad: una aproximación a desarrollo histórico de la arqueología en Venezuela*. Trabajo final de grado. Escuela de Antropología, UCV, Caracas.
- MENESES, Lino. 1992. "Evolución histórica de la arqueología en Venezuela" En: *Boletín Antropológico*. No. 25, Centro de Investigaciones-Museo Arqueológico, ULA, Mérida, pp. 19-37.
- MENESES, Lino. 1994. "Patrimonio y comunidad. La importancia de la participación comunitaria en la defensa y protección del patrimonio arqueológico". En: *Fermentum*. Revista Venezolana de Sociología y Antropología, No. 10, Universidad de Los Andes, Mérida, pp. 47-56.

- MENESES, Lino. 2001. "El desafío de la arqueología venezolana en el nuevo milenio: La producción de un conocimiento socialmente útil". En: Lino Meneses P. y Gladys Gordones R. (Editores) *La Arqueología venezolana en el nuevo milenio*. Consejo Nacional de la Cultura, Museo Arqueológico, Universidad de Los Andes, Mérida.
- MENESES, et al, 2007. "Presentación". En: Lino Meneses P., Gladys Gordones R. y Jacqueline Clarac. (Editores). *Lecturas Antropológicas de Venezuela*. Universidad de Los Andes, Museo arqueológico/ULA, CONAC, Ediciones Dábanatà, Mérida.
- MENESES, Lino y Gladys Gordones. 2001. *La Arqueología venezolana en el nuevo milenio*. Consejo Nacional de la Cultura, Museo Arqueológico, Universidad de Los Andes, Mérida.
- MIGNOLO, Walter. 2003. *Historias locales / Diseños globales. Colonialidad, conocimientos subalternos y pensamiento fronterizo*. Ediciones Akal, Madrid.
- MOLINA, Luís y María Mercedes Monsalve. 1985. *Sicarigua. Estudio preliminar del modo de vida y formas agrarias en un yacimiento arqueológico del noreste de Venezuela*. Serie monografías y Ensayos, Ediciones de la Sociedad Venezolana de Arqueólogos, Caracas.
- MOLINA, Luís. 1990. *Tras las huellas de animales antediluvianos, Antigüedades Indias, cultura. Contribución a la historia de la arqueología y la paleontología del estado Lara Venezuela 1852-1989*. CCOP-CONAC, Caracas.
- NAVARRETE, Rodrigo. 2004. *El pasado con intención. Hacia una reconstrucción crítica del pensamiento arqueológico en Venezuela*. Ediciones FACES/UCV y Fondo Editorial Tropykos, Caracas.
- NOMLAND, Gladys. 1935. *New archaeological sites from the State of Falcón, Venezuela*. University of California Press, Berkeley, California.
- ORAMAS, Luís. 1917. *Apuntes sobre arqueología venezolana*. Pan-American Scientific Congress, Proceedings, Vol. 1, Washington.
- OSGOOD, Cornelius. 1943. *Excavations at Tocorón, Venezuela*. Yale University Publications in Anthropology, No. 28, USA.

- OSGOOD, Cornelius y George Howard. 1943. *An Archeological survey of Venezuela*. Yale University Publications in Anthropology, No. 27, USA.
- OVIEDO Y BAÑOS, José. 1982. *Historia de la conquista y población de la provincia de Venezuela*. Ediciones Fundación Cadafe, Caracas.
- PARDO, Isaac. 1991. *Juan de Castellanos. Estudio de las Elegías de Varones Ilustres de Indias*. Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia, Fuentes para la Historia Colonial de Venezuela, Caracas.
- PATTERSON, Thomas. 1988. "Los últimos sesenta años: Hacia una historia social de la arqueología americanista en Los Estados Unidos". En: Thomas Patterson: *La Historia y la Ideología de la Arqueología Estadounidense*. Manuscritos inéditos.
- PETRULLO, Vincenzo. 1939. *Archeology of Arauquin*. En: *Anthropological Papers*, No. 12, Bureau of American Ethnology, Smithsonian Institution, Washington.
- QUATREMÈRE DE QUANCY, Antoine. 1998. *Cartas a Miranda. Sobre el desplazamiento de los monumentos de arte en Italia*. Instituto de Patrimonio Cultural, Caracas.
- QUIJANO, Aníbal. 2007. "Colonialidad del poder y clasificación social". En: Santiago Castro Gómez y Ramón Grosfoguel (Editores): *El giro decolonial. Reflexiones para una diversidad epistémico más allá del capitalismo global*. Pontificia Universidad Javeriana-Siglo del Hombre Editores, Argentina.
- QUINTERO, Rodolfo. 1964. "Intervenciones". En: *Memoria. Escuela de Sociología y Antropología. X Aniversario de la Escuela de Sociología y Antropología*. Edición Especial del *Boletín Bibliográfico* Ediciones, Facultad de Economía. U.C.V., Caracas.
- REQUENA, Rafael. 1932a. *Vestigios de la Atlántida*. Tipografía Americana, Caracas.
- REQUENA, Rafael. 1932b. "El Libro del Doctor Requena. Diario de las excavaciones arqueológicas practicada en los cerritos del Valle de Tacarigua" En: *El Universal*, 6 de agosto, Caracas, p. 1.
- Rodríguez, Omar. 1994. *El antropólogo como objeto. Lecciones vivas de Miguel Acosta Saignes, Mario Sanoja y Gustavo Martín*. Fondo Editorial Tropykos, Ediciones FACES/UCV, Caracas.

- RENFREW, Colin. 2000. *Loot, legitimacy and ownership. The ethical crisis in archaeological*. Duckworth debates in archaeology, Londres.
- ROJAS PAÚL, Juan P. 1970. "Mensaje que el doctor Juan Pablo Rojas Paúl, Presidente de los Estados Unidos de Venezuela, presenta al Congreso Nacional en 1889". En: *Mensaje presidenciales*, Tomo II, Caracas.
- SALAS, Julio C. 1918. "Estudios americanistas: Los orígenes". En: *Ciencia y Hogar. Revista quincenal de medicina, ciencia e higiene doméstica*, Año I, No. 6, Caracas.
- SANOJA, Mario. 1969. *La Fase Zancudo. Investigaciones arqueológicas en el Lago de Maracaibo*. Instituto de Investigaciones Económicas y Sociales, UCV, Caracas.
- SANOJA, Mario. 1972. *Ecología y arqueología. Introducción al estudio de las influencias ambientales en el desarrollo cultural*. Ediciones de la Biblioteca, UCV, Caracas.
- SANOJA, Mario e Iraida Vargas. 1967. "Proyecto: Arqueología del Occidente de Venezuela. Primer informe general. 1967". En: *Revista Economía y Ciencias Sociales*. Año IX, No. 2, FACES/UCV, Caracas.
- SANOJA, Mario e Iraida Vargas. 1974. *Antiguas formaciones y modos de producción venezolanos. Notas para el estudio de los procesos de integración de la sociedad Venezolana (12.000 a.C. - 1900 d.C.)*. Monte Ávila Editores, Caracas.
- SANOJA, Mario e Iraida Vargas. 1978. "VII Congreso Internacional para el estudio de las culturas precolombinas de las Pequeñas Antillas". En: *Boletín Indigenista*. Tomo XVIII, No. 14, Caracas, pp. 63-106.
- SHAW, Thurstan. 1986. "¿Guardianes o propietarios?" En: *Museum*, No 149, UNESCO, París, pp.46-48.
- SPINDEN, Herbert 1916. "New data the archaeology of Venezuela". En: *Proceedings National Academy of Sciences*, New York, pp. 325-328.
- TORO, Elías. 1906. *Antropología general y de Venezuela precolombina*. Tipografía Herrera Irigoyen, Caracas.

- TRIGGER, Bruce 1992. *Historia del pensamiento arqueológico*. Editorial Crítica, Barcelona, España.
- UNESCO. 1986. "Retorno y restitución de los bienes culturales: examen de la situación". En: *Museum*, N° 149, París.
- UNESCO. 2006. *Medidas jurídicas y prácticas contra el tráfico ilícito de bienes culturales*. Sección de Normas Internacionales, División del Patrimonio Cultural, París.
- YALE Peabody Museum. 2006. "*Research&collections*". Disponible en: <http://research.yale.edu/cgi-bin/cgiwrap/yypm3/Query.Ledger?LE=ant&ST=2&TX=&HT=&CN=&LO=VenezuelaTocoron&PE=&OT=&ID=&SO=1> (Consulta: 24 de octubre).
- VARGAS, Iraida. 1976. "Introducción al estudio de las ideas antropológicas venezolanas. 1880-1936". En: *Semestre Histórico*, No. 3, Caracas.
- VARGAS, Iraida. 1986. "Evolución histórica de la arqueología en Venezuela". En: *Quiboreña*. Año 1, No. 1, Museo Arqueológico de Quíbor, Quíbor, estado Lara.
- VARGAS, Iraida. 1990. *Arqueología Ciencia y Sociedad. Ensayo sobre teoría arqueológica y la formación económica social tribal en Venezuela*. Editorial Abre Brecha, Caracas.
- VARGAS, Iraida 2005. "Visiones del pasado indígena y el proyecto de una Venezuela futura". En: *Revista Venezolana de Economía y Ciencias Sociales*, Vol. 11, No. 2, Caracas. pp.187-210
- VARGAS, Iraida. 2007. "Antropólogos y Antropólogas para qué". En: Lino Meneses P., Gladys Gordones R. y Jacqueline Clarac. (Editores). *Lecturas Antropológicas de Venezuela*. Universidad de Los Andes, Museo arqueológico/ULA, CONAC, ediciones Dábanatà, Mérida.
- VARGAS, Iraida y Mario Sanoja. 1992. *Historia, identidad y poder*. Fondo Editorial Tropykos, Caracas.
- VARINE, Hugues de. 1983. "Violación y saqueo de las culturas: un aspecto de la degradación de los términos del intercambio cultural entre las naciones". En: *Museum*, No 139, UNESCO, París, pp. 152-157.
- WAGNER, Erika. 1967. "Patrones culturales de los Andes venezolanos" En: *Acta científica Venezolana*, No. 18, Caracas, pp. 5- 8.

- WAGNER, Erika. 1972. "Protohistoria e historia inicial de Boconó, Estado Trujillo". En: *Antropológica*, No. 33, Caracas, pp. 39-60.
- WAGNER, Erika. 1982. "El papel de la Asociación Venezolana de Arqueólogos (AVA)". En: *Acta Científica Venezolana*. Vol. 33, No. 5, Caracas.
- WAGNER, Erika. 1988. *La prehistoria y etnohistoria del área de Carache en el occidente venezolano*. Ediciones del Rectorado, Universidad de Los Andes, Mérida.
- ZAVALA, Silvio. 2005. *Filosofía de la conquista y otros textos*. Biblioteca Ayacucho, Caracas.
- ZUCCHI, Alberta. 1968. "Algunas hipótesis sobre la población aborigen de los Llanos Occidentales de Venezuela". En: *Acta científica Venezolana*, No. 19, Caracas, pp. 135-139.
- ZUCCHI, Alberta. 1975. *Caño Caroní un grupo prehispánico de la selva de los Llanos de Barinas*. Facultad de Ciencias Económicas y Sociales, UCV Caracas.